EL TEATRO
MODERNO

LUIS FERNANDEZ ARDAVIN

Digitized by the Internet Archive
in 2024 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/ladamadelarmiodr7680fern

EL TEATRO
MODERNO
AÑO III 19 marzo 1927 NÚM. 80

L. Fernández Ardavín

LA DAMA DEL ARMIÑO

DRAMA EN CUATRO ACTOS Y EN VERSO

Estrenado en el Teatro Arbeu, de Méjico, el 20 de abril de 1921 y en el Teatro de la Princesa, de Madrid, en enero de 1922

PRENSA MODERNA
MADRID

LA NOVELA PASIONAL

APARECE LOS SABADOS
Novelas cortas de los mejores escritores galantes. 50 CTS.

EL TEATRO

APARECE LOS SABADOS
Los más grandes éxitos de los mejores autores. 50 CTS.

FRU-FRU

APARECE LOS JUEVES
Novelitas eróticas de los más prestigiosos escritores. 30 CTS.

COLECCION IMPERIO

NOVELAS DE AMOR
Sugestivas originales. Primeras firmas. 3 PTAS.

PRENSA MODERNA
APARTADO 8.012
MADRID

OFRENDA

A María Guerrero. A Fernando Díaz de Mendoza

Cuyos nombres egregios quiero que vayan el frente de este drama que iluminado está por el resplandor de su arte milagroso.

Luis F. Ardavín

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Catalina Theotocópuli (Hija del Greco)	*Sra. Josefina Díaz de Artigas.*
Jarifa, la morisca (Esclava) ...	*" María Guerrero.*
Gregoria (Criada de Catalina)...	*" Elena Salvador.*
Samuel, el joven (Orífice judío).	*Sr. Fernando Díaz de Mendoza y Guerrero.*
Dominico Theotocópuli (El Greco)	*" Fernando Díaz de Mendoza*
Luis Tristán (Discípulo del Greco)	*" Mariano Díaz de Mendoza.*
Fray Hortensio Paravicino (Carmelita)...	*" José González Marín.*
Ludovico Palermo (Joven veneciano)	*" Carlos Díaz de Mendoza y Guerrero.*
Don Fernando Niño de Guevara (Inquisidor mayor)	*" Ricardo Juste.*
Samuel, el viejo (Padre de Samuel)	*" Alfredo Cirera.*
Abraham (Orfebre judío)	*" Ramón Guerrero.*
Job (Idem íd.)	*" Félix Fernández.*
Andrés (Orfebre cristiano)	*" Juan Vázquez.*
Un inquisidor	*" Angel Ortega.*

Esbirros y golillas, pajes y prelados, gente del pueblo.—La acción en Toledo, hacia el año 1586.

ACTO PRIMERO

"Juventud."

DECORACION DEL ACTO PRIMERO

Una calle en la vieja Toledo
de Felipe Segundo. A un costado,
interior de un taller de orfebrero,
que remata en un arco apuntado.
Dividiendo la escena, da entrada
al taller, un zaguán, que, en el muro,
se recorta por fuera, cual fauce
de un dragón que acechase en lo oscuro.
Junto al negro zaguán se abre el hueco
de una airosa ventana con reja,
que, al través de una clara vidriera,
a los rayos de luz paso deja.
Como a modo de un escaparate,
el orfebre, en la airosa ventana,
tiene expuestas sus joyas mejores
de incrustados y de filigrana.
En el fondo hay un horno encendido,
y a la mano siniestra una puerta
que da entrada al hogar del orfebre
y que está por la sombra encubierta.

La otra parte de escena, es la calle.
En el barrio de la Judería,
tiene el hosco carácter villano
que tomase de su artesanía.

Media tarde por filo es la hora
cuando se alza el telón. En escena,
Job, Andrés y *Abraham*, afanosos
cada cual a su sitio y faena.
Tras el *Viejo Samuel*, que a la calle
se dispone a salir, ronda atento
su hijo, el *Joven Samuel*, arrogante

como un paje del Renacimiento.
Los orfebres vigilan el tajo.
En el horno se aviva la llama,
y después de un silencio expectante
dan comienzo los versos del drama.

S. VIE. Aviva el horno, y, cuando esté la plata,
funde la espuela real y la estribera.
La Sinagoga mi presencia espera.
S. JOV. Idos tranquilo, que si Andrés me acata,
fundiremos los dos.
AND. *(Hoscamente.)*
Samuel, el Viejo,
se vaya sin temor por este tajo.
ABRAH. Samuel, el Joven, cuidará el trabajo
como si fuera en todo vuestro espejo.
S. JOV. Si en la pericia me ganáis las creces,
no me ganarais, padre, en diligencia.
S. VIE. Ya sé que, por tu amor y tu prudencia,
la tierra prometida te mereces.
Quedad con Dios. En vuestras manos dejo
cuanto, siendo de mí, no va conmigo.
Job, Andrés, Abraham, a todos digo:
¡cuidad la hacienda de Samuel, el Viejo!
(Acompañado de su hijo,
que a separarse de él no acierta,
vase el Viejo Samuel. Samuel, el joven,
le ve partir desde la puerta.
Sale Jarifa, la morisca,
del interior.
Andrés se enciende de lujuria.
Ella le mira, y siente horror.)
AND. ¿Qué quiere la cautiva?
JARIFA. Un tizón quiero.
JOB. ¿Encendido de amor?
AND. ¡Toma mi boca!
ABRAH. ¡Dale brasas, Andrés!
JARIFA. ¡Si alguien me toca
le quedará señal!
AND. La tuya espero.
(Interviene Samuel, la da la brasa,

y se va la cautiva.
Y los ojos de Andrés arden coléricos
como la llama viva.)

S. JOV. ¡Basta de burlas ya, pobre Jarifa!
Toma la brasa, y vete a tus labores.

JARIFA. *(Al salir.)*
¡Siempre son más hidalgos los señores!

AND. *(A Jarifa.)*
Para la esclavitud, que se los rifa

S. JOV. ¿Qué quisiste decir?

AND. Lo que pensaba:
que yo muero por ella, y ella muere
por vos y no por mí.

S. JOV. Si ella me quiere
es porque la libré de ser esclava.
Con gratitud de gata y de sabueso
sigue mis huellas, y en presencia mía,
tiembla de modo tal, que se diría
que más que gratitud es embeleso.
Mas yo no di razón a lo que pasa.
La compré en un mercado tunecino,
y con la austeridad de un agustino
para el gobierno la entregué mi casa.
No más me sucedió con la morisca.
Es honesta, sufrida y generosa,
y, en gracia a su virtud, bien poca cosa
será la perdonéis se muestre arisca.
(Andrés, que le sospecha en tal historia
un amor clandestino con la esclava,
lanza a Samuel un reto
y los ojos le clava.
Mas Samuel, despreciando la sospecha,
muestra su corazón tan generoso,
que el cristiano se queda
cobarde, confundido y silencioso.)

AND. ¡Quien lo dicho os creyera, fuese necio!

S. JOV. ¿Ganara en engañarte beneficio?
¡Bien sabes que mi amor sólo es mi oficio;
mas, si das en dudar, te lo desprecio!
Para el amor, en la imperial Toledo,
no faltan ricas hembras mal casadas,

pero no he de gastar en sus celadas
el tiempo que al trabajo darle puedo.
¡No tengo tiempo de gozar de amores,
porque en el arte mi ilusión se goza,
y a las flaquezas de mi carne moza
quiero oponer del arte los rigores!
(Los humildes orfebres
ponen un comentario a su manera
exaltando la vida
de amor y de pereza,
y Samuel les opone
su exaltación austera,
mientras vigila Andrés, que, cejijunto,
calla, trabaja y cela.)

JOB. Yo, por rigores de la suerte quiero
una moza y un vaso de buen vino.

S. JOV. Cada cual entretiene su camino
según lo que le ofrece el posadero.

ABRAH. ¡Meditalo, Samuel: la vida es triste,
y aun el arte un trabajo, y el trabajo,
desde el verdugo que alimenta el tajo
hasta el bufón que la botarga viste,
es tan sólo una carga,
como para el bufón lo es su botarga.

S. JOV. La vida es triste cuando no va unida
a una potencia creadora;
pero cuando en la mente hay una aurora
que hace sentirse creador, la vida
es como el aura matinal de junio
que las mieses acuna,
y la muerte, un crepúsculo con luna
blanca en la redondez del plenilunio.
¡Cuando tanto se teme al Santo Oficio,
morir es libertar el pensamiento!
¡Vivís toda una vida de tormento
por temor a unas horas de suplicio!

JOB. Pero si a orillas del Tajo
hay una moza y un huerto
donde, al dejar el trabajo,
te esperan moza y tasajo,
¿dirás que estás mejor muerto

que con amor y tajada?

ABRAH. ¡No por cierto!
¡Que bien vale la jornada
ver una noche estrellada
con la frente reclinada
en el corpiño entreabierto de la amada!

JOB. ¡Tú de amor no sabes nada!
Por eso hablas de morir
y de al verdugo entregarte.

S. JOV. ¿Y para qué malvivir,
si no es para bien morir
por el alma o por el arte?
(La noble exaltación, a los orfebres,
parece, por lo insólita, herejía,
y llenos de temor, quieren que calle,
sospechando de Andrés, que los espía.)

JOB. ¡Calla, calla, Samuel, pueden oírte!
¡Jamás hablaste así!

ABRAH. Te estoy oyendo,
y de tantas locuras sólo entiendo
que te hará el Santo Oficio arrepentirte.
Y si la Inquisición, en un cristiano,
juzgara tus palabras herejía,
piensa lo que sería
dichas por un judío toledano.

S. JOV. ¿Tanto esta vida abandonar os cuesta?
¿Tanto teméis al Tribunal siniestro?
¿Es que vuestro valor ya no es el vuestro
y os asusta la voz del que protesta?
España tiene miedo
del espectro de un rey pálido y triste.
Por eso toda Flandes se resiste
al espíritu negro de Toledo.
¡Al alma de esta España que ha tendido
de Norte a Sur y de Occidente a Oriente,
un sayo monacal de penitente
como el de Carlos Quinto arrepentido!
¡Al alma de esta España, que orgullosa
de un rey que es una sombra de su raza,
plantó una cruz sangrienta en cada plaza,
aunque, con cada cruz, abrió una fosa!

¡Al hierro de esta España, que, fanática
en cada corazón hizo una herida,
y fué arrastrando, al paso maldecida,
el oro ornamental de su dalmática!

JOB. ¡Cállate ya, Samuel, que eres judío
y te puede vender algún cristiano!

S. JOV. ¡Mi sangre es suya, porque soy villano,
pero mi pensamiento es sólo mío!
Perseguido en mi raza eternamente,
de la persecución nada me espanta;
¡pueden poner la soga a mi garganta,
pero no penetrar bajo mi frente!
(El temor sobrecoge a los orfebres,
y advertido Samuel de que le espía
al cristiano sombrío
con su noble arrogancia desafía.)

ABRAH. ¡Ten prudencia, Samuel! Andrés se calla,
pero lo escucha todo,
y te mira hace un rato de tal modo,
que temo luego a delatarte vaya!

S. JOV. ¡Pues ya tardando está, si hacerlo espera!
¿Qué meditas, Andrés, que soy ateo?
¡Mira! Labrando estoy el camafeo
de su eminencia el cardenal Tavera.
Si eres hombre de fe y eres cristiano,
corre a decirle al cardenal que has visto
la insignia episcopal de Jesucristo
bajo el tosco cincel de este pagano.
¡Dile que su orfebrero es un hereje,
y que en la repujada alegoría
la sirena inspiró su hipocresía,
y el fauno, Satanás, que le protege!
(Hasta las heces apurado el cáliz,
Andrés responde, al fin, y hay un momento
de viva violencia, que concluye
con una maldición y un juramento.)

AND. Basta, Samuel. Me voy. Aquí te dejo
tus joyas y herramientas.
¡Que de todo lo dicho te arrepientas!

ABRAH. No te vayas, Andrés. Samuel, el Viejo,
sabrá desagraviarte.

JOB. ¿De este modo le honráis?
AND. ¡Dígalo el hijo!
ABRAH. Cuidad la hacienda de Samuel, nos dijo.
S. JOV. No te vayas, Andrés. Que por mi parte
no ha habido orgullo. El corazón me dice
que te ofendí. Perdón. Fué un arrebato.
No soy cobarde, pero soy sensato,
y ya me pesa, pues lo que antes hice,
Samuel, el Viejo, castigara. Creo
que es hidalgo el que peca y lo confiesa.
Vamos, quédate, Andrés, vuelve a tu mesa
y labra a tu capricho el camafeo.
AND. Para ganarme el pan honradamente
nunca me ha de faltar donde trabaje.
Me voy de aquí. Tu irreverente ultraje
a los dos nos ha puesto frente a frente.
¡Que Dios te dé al morir una agonía
que haga sudar un rato a tu verdugo!
S. JOV. ¡Del hacha el filo o de la soga el yugo
antes prefiero que nacer espía!
(Vase Andrés lleno de ira.
Samuel, que salir le mira
sin temor y sin pesar,
el horno vuelve a avivar.
Los orfebres, aterrados
por lo que pueda pasar,
también se han puesto, callados,
a trabajar.
Aparecen en la calle
Catalina,
su doncel
y Gregoria. Ella es divina,
y apuesto don Luis, que es él.)
LUIS. Este es, señora, el taller
del orfebrero famoso;
si por fuera sospechoso,
por dentro a satisfacer.
CATA. ¿Y en él he de hallar, don Luis,
las joyas de mi deseo?
Pues mirad que si lo creo
es porque vos lo decís.

Pero al ver este zaguán,
su interior no se adivina.

LUIS. Lo que importa, Catalina,
no es el horno, sino el pan.
Y, de cierto, no hay cincel
tan inspirado y florido
como el muy favorecido
del orífice Samuel.

GREG. Un hijo tiene el orífice
al que no le apunta el bozo,
y hay quien dice que este mozo
es, en verdad, el artífice.

LUIS. No sé. Mas sea quien sea,
no hay armero milanés
que no ponga en cada arnés
de este orfebre una presea.

CATA.. Pues dejadnos, si me amáis,
entremos solas.

LUIS. ¿Por qué?

CATA. Porque no os aceptaré
las joyas que me ofrezcáis.
Si entráis, a aceptar me obligo
por miedo a desagradaros,
y el modo de no obligaros
es que no paséis conmigo.

LUIS. Vuestro amor es tan cortés
como no acostumbra amor.

CATA. Esto, don Luis, es mejor
que no amor por interés.
Conque cumplid el mandato
que al salir mi padre os dijo,
mientras yo, en la tienda, elijo
lo mejor damasquinado.

LUIS. A obedecer me forzáis
vos y el maestro.

CATA. Pues id,
y, de regreso, venid
a buscarnos.

LUIS. ¿Me esperáis?

CATA. En la tienda.

LUIS. He de tardar.

CATA. No os impaciente volver.
¿Olvidáis que soy mujer
que va a elegir y a comprar?
(Vase don Luis con la arrogancia
de los pulidos excelencias,
mientras Gregoria y Catalina
quédanse haciendo confidencias.)
CATA. ¿Dices que tiene el orfebre
un hijo mozo, Gregoria?
GREG. ¡Y tan lindo como vuestro
lindo don Luis!
CATA. Pues ahora
que lo sé, me da reparo
de entrar en la tienda sola.
GREG. Sola, no; que va conmigo
bien guardada mi señora.
CATA. Y si en ausencia del padre
me ofrece el hijo las joyas,
¿no será muy desairado
para don Luis? ¿Y si torna,
y al hallar conmigo al mozo
siente celos? ¿Y si toma
por coloquio de malicia
lo inocente de una compra?
¡Vé en su busca, no te tardes,
dale alcance, fiel Gregoria,
que de haberle despedido
ya me siento pesarosa!
¡Dí que venga, que he pensado
no está bien me quede sola,
ni me tenga por liviana,
ni me juzgue caprichosa!
¿No me escuchas? ¿No te mueves?
¿Qué haces quieta, fiel Gregoria?
Si mi susto no te manda,
te lo manda tu señora.
¡Que de haberle despedido
ya me siento pesarosa!
(Gregoria, tras el doncel,
se va corriendo, con el
pasito menudo y breve

de una tórtola en la nieve.
Una pausa. Catalina
queda un punto sin saber
lo que hacer,
y a nada se determina
como asustada de todo.
Mas la vidriera vecina
que, de escaparate a modo,
muestra la tienda, la ofrece
algo que bien la parece
para entretener su espera.
Su temor se desvanece,
y dice de esta manera:)
¿Qué habrá tras esta vidriera?
Es labor de orfebrería.
Al pasar, nadie dijera
que el tosco vidrio escondiera
tan extraña pedrería.
(Como ante una aparición maravillosa,
va admirando y glosando cada cosa.)
¡Aderezo singular
de esmeraldas del Perú!
¡Qué zarcillos! ¡Qué collar!
¡Harto bien deben jugar
con un traje de tisú!
¡Maravillosa arracada!
¡Lindo par de brazaletes!
¡Va bien la piedra encarnada
cuando se ofrece engarzada
como en aquellos aretes!
(En un ir y venir por el taller,
Samuel da, sin querer, en la ocasión
de ver tras de los vidrios la mujer,
como una milagrosa aparición.
Y deteniéndose al pasar,
deja un instante su cincel,
para, mirándola, evocar
a Boticelli o Rafael.
Ella lo advierte y sufre susto
de lo que juzga una imprudencia:
pero, aunque susto, no es disgusto,

porque Samuel ha una presencia
como de príncipe italiano
que se batió, con dura mano,
bajo la luna de Florencia.)

S. JOV. Peregrina aparición
que, en el vidrio del taller,
más parece un medallón.
¿Es mujer o es ilusión?
No es ilusión, que es mujer.

CATA. ¿Quién me mira atentamente
desde el fondo de la tienda?
Me parece impertinente
mire así, tan fijamente,
sin cuidar de que me ofenda.
¡Gregoria! ¡Gregoria, ven!

S. JOV. Que la miro ha reparado,
y habla inquieta no sé a quién.

CATA. ¡Ya pesarosa también
estoy de haberla mandado!
¿Por fuerza he de conocer
al hijo del orfebrero?
¿Todo se ha de disponer
para hablar y para ver
al que ver y hablar no quiero?
(Perpleja está, pero también curiosa,
quiere saber, al fin, si quien la mira,
merece que le sea dadivosa
de una mirada, aunque la dé con ira.)
Haré cual si no le viera.
Pero... ¡si soy tan curiosa!
Mirara si él se volviera.
No puedo más: la vidriera
me libra de ser miedosa.
(Con osadía y temor
mira, al fin, al interior.)
¡Qué vergüenza! ¡Ha sorprendido
que, curiosa, le miraba!
El mozo es bien parecido,
y heme toda estremecido
como no me lo esperaba.
(El también lo ha advertido,

y, como ella, también se ha estremecido.
Y ella, al cabo, halla el modo
de poderlo ver todo
reflejado en un lente diminuto
que se ofrece al curioso pasajero
en el escaparate del joyero,
rival, en hora tal, de Benvenuto.)

S. JOV. ¡La dama, al verme, ha cambiado
de color, como una muerta!

CATA. ¿Qué es aquel vidrio curvado
que la manera me ha dado
de verle sin que lo advierta?
La vidriada curvatura
de tan lindo catalejo,
al reflejar su figura
me le ofrece en miniatura
como un minúsculo espejo.
Así podré verle bien,
a mi gusto y sin cuidado.
Gregoria tarda el recado.
¡Ya pesarosa también
estoy de haberla mandado!
(Esperando la vuelta de Gregoria,
queda atenta. Samuel, del mismo modo,
la contempla extasiado. Los orfebres,
que han reparado en todo,
acuden con Samuel a la vidriera
para ver la hermosura
que ha turbado al orfebre, desde fuera,
como un rayo de sol en la clausura.)

S. JOV. Noble dama debe ser
que ejerza fascinación
cuando se ponga a querer,
porque no acierta a mover
los ojos de aquel rincón.
Con embeleso de amante
no se cansa de mirar
la luz de cada brillante.
¡Ay, si tan sólo un instante
se decidiese a pasar!

ABRAH. ¿Tales son los parroquianos,

que te atolondran, Samuel?
JOB. ¿Tales los ojos cristianos,
que se te cae de las manos
el cincel?
S. JOV. Venid, veréis su hermosura.
ABRAH. Ciertamente que es hermosa.
Mas sé discreto, y procura
no perder, por la aventura,
parroquiana ventajosa.
(En este instante
vuelve Gregoria.
¡Tanto ha corrido,
que se arrebola!)
GREG. Señora, hasta el Zoco fuí,
sin darle alcance, tras él.
Yo corriendo le seguí;
pero él, delante de mí,
saltaba como un lebrel.
Dile voces, no me oyó,
y por tanto apresurar,
a un alguacil derribó,
y a un canónigo le hundió
la teja hasta el espaldar.
CATA. Entremos, que el tiempo pasa,
y antes del anochecer
hemos de volver a casa.
Si el mozo no se propasa,
¿qué nos puede suceder?
(Penetran en la extraña joyería
Catalina y Gregoria, y el joyero,
que por verlas entrar se perecía,
se inclina como debe un caballero.)
CATA. ¿El señor orfebrero?
S. JOV. Salió, señora; mas lograr espero
que si él perdió, al salir, vuestra presencia,
no lamentéis su ausencia
por falta de un cumplido caballero;
y os suplico, señora,
me digáis si pretendo una quimera
porque tan sólo quiera
retener a la aurora

que ha entrado en esta bóveda severa.

CATA. Si yo la aurora soy, ciegue primero
el brillante lucero
de vuestra delicada cortesía,
pues no es galante que, llegado el día,
quiera lucir su resplandor postrero.

S. JOV. Pero ¿ignoráis, señora,
que hasta la misma aurora
presta un nuevo fulgor a su lucero?

GREG. Habla de tal manera el orfebrero,
que cautiva a cualquiera.
¡Ay, si de orfebre así fuese orfebrera!

CATA. ¿Sois de noble linaje?

S. JOV. Soy humilde, señora, y soy villano.

CATA. Pues ponéis tanta flor en el lenguaje,
que no se alcanza a ver, entre el ramaje,
sino la distinción de un cortesano
que gusta el madrigal y la lisonja.

S. JOV. Es que prefiero, a frecuentar la Lonja,
visitar el Alcázar toledano;
y a elogiar el madroño y la toronga,
saber besar, en la ocasión, la mano.
*(Se inclina, y la mano besa
como un gentilhombre a una princesa.)*

CATA. En fin, para acabar, que si vecina
mi casa está del arrabal hebreo,
hora es de que sepáis lo que deseo,
porque ya el sol declina
y heme de recoger de mi paseo.
Aunque al arte se da, mi padre es hombre
al que envidia la gente,
pues vive honesta y regaladamente,
y además de su fausto, goza un nombre
que es, en arte, preclaro y eminente.
Sin llegar a palacio, es de tal modo
su casa de regalo y de riqueza,
que no es posible más, en cada pieza,
unir el acomodo
con la severidad y la belleza.
Y siendo yo, para aliviar su vida,
único familiar, la cosa es clara,

que soy la preferida, y que, por cara,
no ha de negarme cosa que le pida,
aun siendo extravagante y siendo rara.
Le hablé de regalarme unos joyeles,
y un discípulo de él, que nos oía,
elogió la extremada maestría
y los finos cinceles
de vuestra orfebrería.
Y aquí estoy yo para apartar, de toda
la labor que me guste, más de moda,
sin límite ni tasa,
que mañana, si el ir no os incomoda,
para elegir nos llevaréis a casa.
(Samuel llama a Jarifa
para que saque un escabel de oro,
que ofrece por asiento a Catalina.
Luego, abriendo un arcón, de él va sacando
las más preciadas joyas. Entretanto
se miran la cristiana y la morisca
como ya declaradas enemigas.)

S. JOV. ¡Saca, Jarifa, el escabel dorado!
Tengo por milagroso encantamiento
las estrellas de todo el firmamento
presas de mi florido repujado.
Pero tomad, para elegir, asiento,
que aunque sólo un instante
consiga detener vuestra impaciencia,
ni rogar que os sentéis es imprudencia,
ni este claro brillante
podréis juzgar sino quitando el guante.
(La dama, que ha llegado
toda esplendente con su piel de armiño,
por tomar el brillante que él la muestra,
su guante ha desceñido.
Acepta el escabel de la morisca
y, sentándose en él,
da un suspiro tan grande, que se vuelve
para saber quién suspiró, Samuel.)

JARIFA. ¡Hermosa es la cristiana
como noche de luna!
¡Y él atento la está, como a ninguna!

CATA. ¿Por qué nos mira tanto esa gitana?
GREG. No es gitana, señora, que es moruna.
(Entre los dedos del orfebre
fulge un tesoro de diamantes.
Para admirarlos, Catalina
entrega a Gregoria sus guantes.
Y mientras él, al enseñar las joyas,
dice de cada una un madrigal,
va hiriendo el corazón de Catalina
como el duro diamante en un cristal.)
S. JOV. Estos dos crisopacios encendidos,
se muestran ante vos palidecidos,
porque, piedras al fin, son envidiosos;
mas ¿visteis otros dos tan luminosos
de tan bellos aretes suspendidos?
CATA. Pienso que os excedéis en cortesía
como buen toledano,
señor...
S. JOV. Samuel.
CATA. ¿Samuel? Nadie diría
que el orfebre tendría
nombre que lleva poco de cristiano.
(Samuel, como judío, juzga dura
la encubierta censura
que hiciera de su nombre, Catalina;
pero, siempre galante, se domina,
aunque en sus ojos el dolor fulgura.)
S. JOV. Lleva poco, en verdad. Ved qué zafiros
luce este prendedor.
CATA. ¡Divina gema
la de esta primorosa diadema!
Me complace deciros
que más me asombra la hermosura extrema
que muestra en los engarces la labor,
y prefiero entre todo este joyel.
S. JOV. ¡Lo ha labrado este humilde pecador!
CATA. Pues si causa el pecado tal primor,
se os perdona pecar, señor Samuel.
Berilos y amatistas. Que mostráis
se ve predilección para pecar.
S. JOV. ¿Y en qué lo adivináis?

CATA. En que la piedra de color usáis
con una complacencia singular,
y el color, en la piedra, es tentación.
S. JOV. Si el pecado me da la inspiración,
también me inspira, a veces, la virtud.
¡Veremos si en el fondo del arcón
tiene la piedra blanca su ataúd!
(Saca del fondo del arca,
con deleite singular,
las joyas de piedra blanca
como la espuma del mar.
Y cegada la doncella
por su viva irisación,
queda atónita, y exclama
esta exclamación:)
CATA. ¡Qué perlas! ¡Qué brillantes! ¡Qué hermosura!
Ni en las fiestas del rey los vi tan bellos.
Si sus claros destellos
parecen rayo vivo en noche oscura,
la labor del artista es digna de ellos.
Debo felicitaros.
S. JOV. Bien pagada
dejáis la burla de antes. Mas, ahora,
¿quién me inspira, señora?
CATA. El recuerdo gentil de vuestra amada,
que tendrá la blancura seductora
de la nítida perla.
S. JOV. No me puede inspirar, sin conocerla.
CATA. ¿Amante no tenéis?
S. JOV. Ni la he tenido.
¿También será pecado no tenerla?
CATA. Entonces, si al amor no le es debido
vuestro gusto de gran cincelador,
y no es la ardiente llama del amor
la que el fuego os enciende,
es el fuego interior
del propio genio que en volcán se prende.
(En este discreteo
se miran a los ojos fijamente
la dama y el hebreo.)
S. JOV. Tan extremo el elogio ha resultado,

que os elogia a vos misma:
si es sofisma mi genio, no es sofisma
que un ingenio tenéis privilegiado.

CATA. Del genio acierto a descubrir la llama;
mas de ingeniosa, a mi pesar, no peco.

S. JOV. ¿Os llamáis?

CATA. Catalina.

S. JOV. ¿Y por la rama?

CATA. Soy hija del pintor a quien la fama
le dice Theotocópulos, el Greco.
(Por el nombre prodigioso pronunciado,
de igual modo que la dama ante las joyas,
queda el joven orfebrero deslumbrado.)

S. JOV. Debílo sospechar por esas pieles
que a vuestra propia palidez son fieles.
¿Sois, entonces, la Dama del Armiño,
que eternizó con especial cariño
la magia singular de sus pinceles?
Pues dejad que me incline
como siervo del arte a vuestro nombre,
que es don divino, aunque os lo diera un hom-
[bre.
(Hace intención de arrodillarse,
mas se lo impide Catalina,
que se dispone a retirarse
porque la noche se avecina.)

CATA. No para veros a mis plantas vine.
Alzaos y termine
mi largo importunar. Se hace de noche
y, en verdad, es sobrado
tanto tiempo gastado
para elegir un broche.
Llevad cuanto queráis. Yo nada elijo.
Mañana se verá lo que él elige.
Me olvidaba deciros que él me dijo
que os tiene que encargar un crucifijo
para un misal cuya labor dirige.
Con Dios quedad. ¿No faltaréis?

S. JOV. ¡Señora!
¡Si aún no ha salido ahora
del humilde taller del orfebrero,

y ya con impaciencia considero
que en volver a lucir tarda la aurora!
(Dejan las dos el taller;
Samuel va en pos, al zaguán;
Catalina, en la calle, se dispone a partir,
mas Gregoria lo impide, a su pesar.)

GREG. ¿No esperáis a don Luis?

CATA. Antes que vuelva
vayámonos las dos a nuestra casa.
No quiero verle.

GREG. Si me dais licencia,
me atreveré a decir lo que pensaba.

CATA. Dilo.

GREG. ¿No fué, señora, que el orfebre,
a quien ya el corazón os anunciaba,
de modo os cautivó que ahora quisierais
no haber dado a don Luis vuestra palabra?
¿No fué, señora, que cediendo, acaso,
más al consejo paternal que al alma,
y a vuestra propia inclinación, le disteis
a su caro discípulo esperanza,
y ahora veis que el amor es otra cosa
que humilde obedecer?

CATA. Gregoria, calla.
¡Antes no comprendí tus advertencias,
y ahora bien que comprendo tus palabras!
Dices bien; a don Luis ver no quisiera,
porque siento no sé qué viva llama
que aquí, en mi pecho, se prendió de pronto
cuando me habló el orfebre!

GREG. ¡Esa es la brasa
que duerme en la mujer hasta que soplan!
¡Discreta sed, u os quemará la casa!

CATA. Pero, con todo, si casarme quiere,
¿qué le importa a mi padre esté casada
con uno u otro artífice? ¡El talento
es, luego del honor, lo que él repara!

GREG. Pero ¿no habéis pensado que imposible
es casamiento así para una dama?

CATA. ¿Imposible? ¿Por qué? ¿No soy la dueña
de mi albedrío? En mi querer, ¿quién manda?

¿Es que hay otra mujer que me lo impide?
GREG. No. Ni hay mujer. Pero que sois cristiana.
CATA. No entiendo.
GREG. Os lo diré. ¿No habéis oído
que es hereje Samuel, el patriarca?
¿No es éste el barrio de la Judería,
y el corazón del barrio es esta casa?
¿Y no pensáis que, como el padre, el hijo,
por serle igual, hasta Samuel se llama?
CATA. ¡El, judío, Gregoria! ¡Oh, sí, ya entiendo!
Mas ¿qué me importa, si no dije nada
ni nada prometí? ¡Razón te sobra!
¡Desvarío como una colegiala!
¡Todo ha sido un ensueño pasajero!
¡Pero ello me enseñó que no se manda
querer al corazón, cuando no quiere,
ni hacerle hablar, cuando discreto calla!
Diré hoy mismo a don Luis que me importuna.
Vamos, antes que suenen las campanas.
(Seguida de Gregoria, Catalina
dobla, arrogante, la inmediata esquina,
Samuel, que en el taller quedó sumido
de un éxtasis profundo, es sorprendido
por la voz de Abraham, que, yendo a viejo,
siempre tiene en los labios un consejo.)
ABRAH. ¿Qué te ocurre, Samuel? ¿Sueñas? Ya es hora
del trabajo dejar. ¿Te ha conmovido
con tan linda impresión la linda griega?
S. JOV. No sé. Cuando el amor me ponderabais
hace poco el amor me parecía
algo remoto, como el mar lejano.
Jamás ante mujer sentí un momento,
como ante esta divina criatura,
latir mi corazón.
ABRAH. Vé con cuidado,
que el juego es peligroso.
S. JOV. ¿En qué peligro?
ABRAH. ¿Has olvidado que su padre es hombre
privado de privados y de reyes;
que el noble Dominico Theotocópuli
es hidalgo entre hidalgos y creyente

cristiano fervoroso? ¿No recuerdas
que también la adorable Catalina,
como cristiana, al punto ha reparado
en tu judaico nombre? Considera
que además de cristiana es linajuda
para hebreo artesano, aunque arrogante.

S. JOV. Dices bien, Abraham. El imposible
nos separa. Mas ¿qué puede importarme
La Dama del Armiño? Ha sido un sueño
pasajero y fugaz. Mas me ha enseñado
a qué extremos nos llevan los impulsos
del corazón. Abreviaré mi viaje
para Lisboa y partiré mañana.

ABRAH. Más te vale, Samuel, que lo prudente
es olvidar, con tierra por en medio,
cuando en loco arrebato se descubre
de pronto una pasión. Adiós. Ya es hora
de oración y yantar. Que halles reposo.
Esta noche me temo no te sea
tan de sosiego, como a mí, el descanso.
(Job y Abraham, que han recogido
lentamente las cosas del trabajo,
se ponen sus monteras y pellicos
y se van calle abajo.
Apenas se marcharon, la morisca
vuelve del interior. Sigue, afanosa,
para estar con Samuel sola un instante,
buscándole un quehacer a cada cosa.
Algo dice al salir; mas no responde
Samuel, que en sus quimeras abstraído,
se cuelga un tahalí de la cintura,
en el que hay un acero suspendido.)

JARIFA. La tarea se acabó,
mas no acabó para mí.
(Pausa.)
¿Pensáis en la dama?

S. JOV. Sí.

JARIFA. ¿Saldréis?

S. JOV. Saldré, ¿por qué no?

JARIFA. Temo.

S. JOV. ¿Qué temes?

JARIFA. A Andrés.
El cristiano os venderá.
S. JOV. Pues si me ataca verá
que a un mandoble yo doy tres.
(Vuelve el silencio la escena
a presidir.
Samuel enciende un velón
y se dispone a escribir.)
S. JOV. ¿Qué haces, Jarifa?
JARIFA. Esperar.
S. JOV. ¿Esperar?
JARIFA. Y obedecer.
Y hasta que os vea volver
sin daño alguno, temblar.
S. JOV. ¿Te causa mi muerte horror?
JARIFA. Os juro por esta cruz
que no viera más la luz
si perdiese a mi señor.
S. JOV. ¡Pobre perla del taller!
Vete, ya que he de escribir.
JARIFA. ¡Ay, quién pudiera seguir
lo que dice a esa mujer!
(Jarifa, atenta un punto a lo que escribe,
no acierta a obedecerle. El lo repara,
e impaciente la ordena se retire
cual lo manda el señor a sus esclavas.)
S. JOV. ¿Aún no te fuiste?
JARIFA. Perdón.
Me distraje en acabar.
S. JOV. ¡Vete!
JARIFA. ¡Me va a denunciar
la voz de mi corazón!
(Samuel escribe. En la calleja oscura
aparecen don Luis y Ludovico
Palermo, el veneciano. Ambos departen
del arte, del amor, de Lope y Tirso.)
LUIS. En verdad, Ludovico Palermo, el veneciano,
ignoro qué es más fuerte, si el vivo amor hu-
[mano
que mi carne mortal a la vida encadena,
o el arte, que incorpórea, mis flaquezas serena.

LUDO. ¡Arte y amor son astros del mismo firmamento,
y es hablar de los dos decir Renacimiento!
Mas ¿por qué vuestra duda?

LUIS. Porque aún brillaba en oro
la curva del crepúsculo, como un alfanje moro,
cuando en este lugar dejé, con Catalina,
presa mi voluntad de su prisión divina.
Mas subí al Cigarral de Buena Vista, donde
os hallé con Gracián, Lope, Tirso y el conde,
y al amable conjuro del ingenio y del arte,
que una dama esperaba, me olvidé, en otra [parte.
Si el amor, con su fuerza, llamando me atraía,
la fuerza del ingenio clavado me tenía
por ver cómo al soneto de Góngora y Argote,
Fray Félix le ponía la flor de un estrambote.
Y fué, para arrancarme de aquel encantamiento,
necesario vencerme con un mal pensamiento.

LUDO. ¿Sois celoso?

LUIS. Lo soy, como todo el que ama.

LUDO. ¿Y aún no se ha recogido para su hogar la [dama?
Se enojara el maestro si, al extinguirse el día,
la hallase por Toledo.

LUIS. ¡Cuando amor da osadía
no hay empresa arriesgada ni temor a enemigo!
Veamos si aún me espera. Palermo, entrad [conmigo.
(Sorprendido el orfebre de su presencia,
apenas si los marca la reverencia.
Don Luis ve que la dama ya no le espera,
y hace cada pregunta más altanera.)
¿Está en casa el orfebrero?

S. JOV. Salió, la tarde mediada.
Mas dígame el caballero,
que su hijo soy.

LUIS. Nada quiero
con Samuel, el joven.

S. JOV. ¿Nada?

LUIS. Algo, sí. Saber querría
si habéis pasado la tarde

labrando en la orfebrería.
S. JOV. La pasé, por suerte mía.
LUIS. ¿Suerte de qué?
S. JOV. Dios os guarde.
Sobrada es la explicación
si en nada puedo serviros.
Volved en otra ocasión.
LUIS. ¡Altiva contestación
de que habréis de arrepentiros!
S. JOV. El orfebrero Samuel
no se arrepiente jamás.
LUDO. No disputemos con él.
LUIS. Bien decís. Dadme un joyel,
que os pago, y no se hable más
(Como a un esclavo, le arroja
su repleta faltriquera,
pero Samuel, que conoce
la altivez de la nobleza,
conteniendo su arrogancia
saca una joya cualquiera.)
LUIS. Compro y pago en buen dinero,
y, pues pago lo que pido,
decid, que pagarlo quiero,
si cierta dama ha venido
a casa del orfebrero.
S. JOV. Aquí una estuvo, señor,
conmigo hablando.
LUIS. *(A Ludovico.)*
¿Con él?
LUDO. *(A don Luis.)*
¿Sospecháis?
LUIS. No de su honor.
Si sospecho es del amor,
que gusta de ser infiel.
(A Samuel.)
¿Con vos hablando decís?
¿Y qué tuvisteis que hablar?
S. JOV. Si en ese tono seguís,
no sabréis nada.
LUDO. ¡Don Luis,
prudencia!

S. JOV. Para acabar:
¿Sois su hermano o su marido?
¿Con qué derecho pensáis
que si la dama ha venido,
por venir, os ha ofendido?
¿Qué prentendéis? ¿Qué buscáis?
(De arrogancia en arrogancia
van los dos hasta el final,
porque en amor no hay distancia
del señor al menestral.)

LUIS. Sabed no está en mi costumbre
sufrir de un siervo insolencias.

S. JOV. ¡Allá el que os dé servidumbre!
¡Y bajad de vuestra cumbre,
que aquí hay hombres, no excelencias!
La dama mi casa honró,
y en mi casa fué tan bien
recibida, que salió
más complacida que entró.

LUIS. ¿Más complacida? ¿De quién?

S. JOV. De lo que yo la ofrecí.
Y ya basta. Lo demás
nada me importa.

LUIS. A mí sí.

S. JOV. ¡Váyanse pronto de aquí;
lo menos no pase a más!
(Don Luis, dispuesto a salir,
le arroja al rostro una afrenta;
pero Samuel no la sufre,
y a don Luis abofetea.)

LUIS. ¡Porque sois perro judío
no os meto un palmo de hierro!

S. JOV. Pues hagamos, señor mío,
cambiando en el desafío,
yo de noble y vos de perro.
(Le cruza el rostro.)

LUIS. ¡Cobarde!

S. JOV. ¡Los dos atrás!

LUIS. ¿Batirnos?

S. JOV. Si sois valiente.

LUIS. No me batiré jamás
con villano.
S. JOV. ¡Aquí no hay más
que dos hombres frente a frente!
(Desenvainan sus aceros
los dos caballeros.
Samuel, que ha desenvainado
el suyo, los hace frente.
Hiere a don Luis. Ludovico
pide paz. Samuel consiente.)
LUIS. ¡Ay!
LUDO. ¡Heristeis!
S. JOV. ¡Sí que herí!
LUDO. ¡Brota sangre! ¡Baste ya!
¡Basta digo!
S. JOV. No por mí.
Mas salgan pronto de aquí,
que bien cumplido se va.
Pudiera matarle, pero
su discreción le asegura
si es, cual dice, caballero,
porque entre acero y acero
se interpone una hermosura.
También la dama y su honor
garantizan mi existencia.
Que calléis es lo mejor.
(A Ludovico, respetuoso.)
La suerte os guíe, señor.
(A don Luis, irónico.)
Buenas noches, excelencia.
(Por Ludovico Palermo
vase don Luis auxiliado.
Samuel se vuelve a su tienda.
Sale Andrés, que está apostado
en la encrucijada, y jura
provecho en lo que ha observado.)
AND. No me vieron, mas yo vi
que se batieron con él;
si todo me sale así,
he de vengarme de ti,
y ¡ay de ti, pobre Samuel!

(Vase.)
(Jarifa sale asustada,
con palidez tan marcada,
que más parece una muerta,
y a balbucir no se acierta.)

JARIFA. ¿Os hirieron, señor? Sentí la espada
y me creí desvanecer.

S. JOV. Gracias, Jarifa; ni me hicieron nada
ni apenas si la sangre vi correr.

JARIFA. ¡Quise gritar, mas me faltó el aliento
y enmudecí por el terror!

S. JOV. Gracias, Jarifa; por tu susto siento
si aquí a batirnos me forzó el amor.

JARIFA. ¡Quise poner entre los dos mi vida,
pero imposible un paso dar!

S. JOV. Gracias, Jarifa; mas tan poca herida
no vale tan sobrado comentar.

JARIFA. Y cuando ya para salir estaba
y era otra vez dueña de mí,
el no ser nada más que vuestra esclava
para impedir lo que impedir osaba,
¡que era muy poca cosa comprendí!
(A su interrumpida carta
vuelve de nuevo Samuel.
Jarifa, mientras suspira
también de nuevo por él,
en un rincón de la sombra
se sienta en un escabel,
hacendosa, entretenida
con cualquiera menester.)
(Torna Samuel, el Viejo,
por Andrés, el cristiano, perseguido,
que aguardándole estuvo
a favor de las sombras escondido.)

S. VIE. Es imposible, Andrés, lo que has contado.
Samuel es hijo mío, y es mi espejo,
como dijo Abraham. Samuel, el Viejo,
le conoce muy bien. Si te ha afrentado
también te habrá pedido le perdones.
Siempre por noble y por leal le tuve.

AND. Mirad, Samuel, que si aguardando estuve

desde antes que tocasen a oraciones,
paciente y contenido, fué en espera
de que me hagáis justicia. Soy creyente,
y no porque me gane honradamente
la vida en vuestra casa, se creyera
que no la sé ganar y os la mendigo.
Si sois, como se dice, justiciero
con el injusto, que daréis, espero,
al mancebo Samuel duro castigo.

S. VIE. ¿Castigar a Samuel, que es en mi vida,
palmera y hontanar en el desierto?
¿Castigar a Samuel, que es manso puerto
para mi carabela perseguida?
Lo que él hizo, hecho está. No se hable nada.

AND. Pues hablará Samuel muy pronto donde
quien se hace el mudo a su pesar responde;
que no hay, si aprietan bien, boca cerrada.

S. VIE. ¡Calla!

AND. ¿Te asusta el potro ensangrentado?

S. VIE. ¿Qué hablas de potros tú? ¿De qué podrías
acusar a Samuel? ¿Qué alegarías
para verle al madero encadenado?

AND. Que es hereje y ateo;
que en lesa majestad ha delinquido,
y que, no hace un instante, ha malherido
a un gran señor, bajo techado hebreo.

S. VIE. ¡Mienten tu mala lengua y tu codicia!

AND. ¡No mentiré mañana donde espero!

S. VIE. ¡Toma y vete de aquí!
(Le arroja una bolsa. Andrés la coge.)

AND. ¡Me das dinero!
¡Ya empiezas a comprar a la justicia!
(Huye Andrés. El Viejo queda
cautivo de su pesar,
y entra en el taller de modo
que no le sientan entrar.
Samuel, el Joven, sorprendido al verle,
quiere esconder la carta que escribía,
y tal se turba que, inocente siendo,
en presencia de un juez se acusaría.)

S. VIEJ. Hijo, cierra la puerta. Corre bien los cerrojos.

Tengo que hablarte. Mírame. ¿Por qué bajas
[los ojos?
¿Tiemblas?

S. JOV. No tiemblo, padre. Nunca temblar
[me viste.

S. VIE. ¿No me habrán engañado? ¿Pecaste? ¿Delin-
[quiste?

S. JOV. No, padre, no. Lo afirmo por el Dios poderoso.

S. VIE. ¿Pues cómo al pobre Andrés le tropecé quejoso
de ti? ¿Qué, si un cristiano te ofendiese, dirías?
¿Callas? Di, del cristiano, ¿la afrenta sufrirías?
Responde. ¿Nada tienes que decir? ¿No merece
tu padre que le digas la verdad? El te ofrece
su perdón. Si has pecado, confiésalo, hijo mío.
Antes no lo creyera, pero ya desconfío.
¿Por qué, cuando me viste que entraba, apre-
[surado
escondiste una carta? ¿No me fuí descuidado
porque tú me dijiste cuidarías mi hacienda
cual si fueses yo mismo? ¿Qué ha pasado en la
[tienda?
Dicen que heriste a un noble con tan mala for-
[tuna,
que alguien vió las espadas a la luz de la luna,
y van a denunciarte.

S. JOV. Sí, padre. Nada temo,
mas justo es que sepáis la verdad. Fuí blasfemo
ante el cristiano. Acaso sin pensar lo que hacía,
me declaré ante todos confeso de herejía.
Ignoro qué secreta tentación me impulsara.
Mas luego, pesaroso, pedí me perdonara.
Que una carta escribí, tampoco es falso. Pero
ya que un impulso mozo disculpa lo primero,
disculpe lo segundo también la mocedad.
No preguntéis el nombre de la dama, y honrad
con ello a vuestro hijo, pues honesta es la dama.
Y, en fin, padre, también acuchillé. Quien ama
no sufre de rivales, cual yo sufrí del mío
su insolente arrogancia. Mas me llamó judío
y perro, con el tono que suelen los cristianos,
y la espada del cinto se me vino a las manos.

Juzgad severamente mi culpa en todo esto
y haced lo que queráis de mí. Vedme dispuesto
a cumplir el castigo. Mas, antes, un consejo
Samuel, el Joven, quiere le dé Samuel, el Viejo.

S. VIE. ¿Qué no he de darte, hijo, si hasta mi vida es [cosa
que a no ser para ti, yacería en la fosa?
Habla, pide, confiesa.

S. JOV. Padre mío, lo grave
es que mi alma ha volado con el vuelo de un [ave
en pos de una quimera. Algo extraño ha pasado.
Mi corazón, ha tiempo vacío, se ha llenado
como una caracola que de espuma se llena
cuando el agua del mar se extiende por la [arena.
Mi voluntad ha muerto. Mi corazón no es mío.
Mas todo es imposible, como querer que el río
que se desborda vuelva, para llenar su cauce,
sin anegar el huerto, sin desgarrar el sauce.
Dejadme adelantar mi marcha. De este modo,
ya que es todo imposible, me olvidaré de todo.

S. VIE. Del peligro a cubierto, justo será ponerte.
Andrés quiere tu daño.

S. JOV. Andrés quiere mi muerte.

S. VIE. Partirás a Lisboa. Yo cuidaré tu ausencia,
ya que en la mía tú perdiste la prudencia.
Te vas. Cuanto tenía te lo llevas contigo.
Un castigo mereces y yo sufro el castigo.
¡Quién pudiera decirme que la luz de mi vida
al paso de una nube quedara oscurecida!

S. JOV. Padre mío, perdón; pero el amor ha entrado
en esta casa, y sé que tu luz ha cegado,
no cual lluvia temprana que la nues acrecienta,
sino como relámpago que anuncia la tormenta.

S. VIE. ¡Dios te ayude a librar la nube y la pedrisca!

S. JOV. Callad, padre. ¿Quién llora?

S. VIE. Ya lo ves. La morisca.

(Jarifa, que ha escuchado
las cuitas de Samuel,
con llanto inesperado

rompe a llorar por él.
Y mientras lentamente
se desliza el telón,
ilumina su frente
la llama trasparente
de la renunciación.)

TELÓN

ACTO SEGUNDO

"Amor."

DECORACION DEL ACTO SEGUNDO

Una estancia en la casa del Greco.
Amplio estrado de gran chimenea
y ventana que deja, en su hueco,
que el jardín, aún sin hojas, se vea.
Una puerta que se abre a la huerta.
Otras dos que dan paso a la casa,
y en un sitio de honor, otra puerta
cuyo umbral la virtud sólo pasa.
Gran cortina de tul transparente
vela el casto interior virginal
con su nítido lecho inocente
como un sueño a través de un cristal.
Es la cámara honesta y sagrada
de la pura y gentil Catalina,
y ha de verse en el foro, nimbada
por el tul, como en una neblina.
En un lienzo encalado, un espejo
sobre el cuero de un reclinatorio
que remata una cruz de oro viejo
como fondo para un locutorio.
Artesón de severo entramado.
El estilo, de talla y nogal.
Y en el rico tapiz del estrado
una rueca de rueda y pedal.
Ornamento y honor de la estancia

unos cuadros decoran los muros,
y en las telas, de fina elegancia,
predominan los tonos oscuros.
Arquimesas, cojines, sillones.
Profusión de damascos y encajes.
Y en cerrojos, bisagras y arcones,
relucir de labrados herrajes.

Media tarde inverniza. La hora
de una luz de interior velazqueño,
y el crepúsculo que entra, se dora
en el áureo fulgor de un vargueño.
Encendido el hogar, la campana,
con su vivo color de amapola,
da contraste a la clara ventana,
y el tapiz del estrado arreboia.
Y, en la blanca y saliente cornisa
que remata el faldón del humero,
una hilera de lozas irisa
sobre el paño de un gran repostero.

Junto al fuego, en el cálido estrado,
como atañe a tan prócer mansión,
una mesa, en la que han acabado
los hidalgos de hacer colación.
Y sentados en torno a la brasa,
parnasianos locuaces, están
Dominico, señor de la casa,
Fray Hortensio, Palermo y *Tristán.*
Luis Tristán, que sufrió cuchillada,
muestra inmóvil el brazo viril,
y del cinto le cuelga una espada
con un puño de plata y marfil.
Y una galga de pelo brillante,
cierra el broche de la evocación,
cuando, presa de un miedo expectante,
se levanta, en silencio, el telón.

DOMI. Don Luis, lo del mosquete dejad que ponga en [duda.
No se prende la pólvora de tan fácil manera

como la espada se desnuda
para medir su acero con otro cualesquiera,
por si una flor, que entre los dos cayera
desde una celosía
tras florido rosal disimulada,
pagar con sangre de doncel pedía,
el tímido fulgor de una mirada.

HORT. ¡Sí que trasciende a duelo de amor la cuchillada
que se achaca a un mosquete y no a una espada!

LUIS. Vos por tal lo tenéis. Yo cierto digo.

LUDO. Cierto dice don Luis, os lo aseguro.

LUIS. Ludovico Palermo iba conmigo
cuando al mosquete le falló el seguro.

DOMI. *(A Ludovico.)*
Catalina me dijo, ilustre veneciano,
que vos habéis dispuesto la fiesta de mañana.
Nunca pude soñar que un príncipe italiano
gustase de mi humilde casona castellana.
Pero tened presente que, para ser Venecia,
nos faltan los canales,
y que el Toledo místico desprecia
las más inofensivas bacanales.
Mas me deleita dispongáis las cosas
con cierta paganía,
y hayáis hecho venir mirtos y rosas,
en raudo galerón, de Andalucía.

LUDO. Considerad, señor, que el clima de Toledo,
cuando aun no despuntó la primavera,
es tan crudo en las noches, que no puedo
a la luna elegir dama primera;
pues de no ser así, mi fantasía,
con fuegos de artificio y de colores,
vuestro patio y jardín convertiría
en un mosaico azul de Talavera
orlado de guirnaldas y de flores.
Mas, si no del jardín, de las estancias
y el ornamento femenino,
haré un vivo mosaico de elegancias
al modo del Ticiano y Perugino.

DOMI. No os duela gasto alguno,
que, en cosas de placer y de belleza,

gasto sin tasa, porque el triste ayuno
ahorrárame mi afán por la riqueza.
(Como los viejos reyes castellanos
a quien la corte, como a un dios rodea,
reparte el prócer a sus cortesanos
una burla, un elogio y una idea.
Pero con Fray Hortensio, que entre todos
es su fraterno amigo, usa otros modos,
y le pregunta con el mismo honor
que un rey a un confesor.)
Y vos, buen Fray Hortensio, ¿corregisteis
el soneto que os di?

HORT. Con gran cuidado;
sólo una redundancia cometisteis,
que os he, discretamente, señalado.

LUDO. *(A Dominico.)*
¿También en artes de trovar sois diestro?

LUIS. ¿Sólo en trovar, decís?

HORT. Nacido en Creta,
¿cómo puede extrañaros si el maestro,
además de pintor, nació poeta?

DOMI. ¡Las artes son mi amor! Si la paleta
me causa alguna hartura,
arrojo los pinceles,
y, rindiéndole culto a Praxiteles,
descanso de mi tedio en la escultura
o en la renacentista arquitectura.
Y si de nuevo la fatiga advierto
del color, de la forma y la distancia,
para nuevo descanso me divierto
en miniar, como un monje, una vitela,
o en buscar una extraña consonancia
que poner de remate a una espinela.

LUDO. Sois, como Miguel Angel, polifemo
de las humanas artes.

DOMI. Pero temo
que si él, siendo tan vario, es genio en todo,
no me suceda a mí del mismo modo.
(Fray Hortensio el soneto ha desdoblado
y encima de la mesa lo ha dejado.)
Ayer rimé el soneto

a que el caro señor Paravicino
halló la redundancia.

HORT. Hay un cuarteto
que tiene cierto corte gongorino.

LUDO. No conozco el idioma lo bastante
para advertir la gongorina marca.

DOMI. Mas decirnos podréis si, en lo restante,
se descubre la huella del Petrarca.
*(Palermo toma el fino pergamino
de manos del señor Paravicino.)*

HORT. Os dais a devanar en liviandades
de fácil poesía,
sin ver que más provecho os causaría
dierais vuestro saber de humanidades
a la maravillosa teología.

LUIS. ¡El gran predicador no es de este mundo!
Ovidio es, en verdad, menos profundo
que el severo Platón con su experiencia,
mas la ciencia de Ovidio es bella ciencia.

DOMI. ¡Nada es más bello, salvo Dios, que el arte!
*(Irrumpe Gregoria en la estancia
y deshace el fugaz parnasillo,
dando voces, quitando la mesa
y avivando la lambre al hornillo.)*

GREG. ¡Se vayan con la música a otra parte
si acabaron vuecencias la pitanza,
que para discutir, como es usanza,
de esos sabios tan sabios, el taller
puede a vuestras mercedes complacer!
*(La autoridad de su señor ofende,
y éste, aunque con trabajo, la reprende.)*

DOMI. ¡No callarás, Gregoria! Señorías,
vengan conmigo, que mostrarles puedo
el panorama que pinté ha unos días
del río, de la Vega y de Toledo.
También, si él lo permite, admirarán,
por lo bien entonado,
un San Francisco de don Luis Tristán,
mi discípulo más aventajado.
*(Vanse todos en pos del maestro.
Luis Tristán se detiene un instante*

para hablar con Gregoria, que, al verle,
pone un gesto de muy mal talante.)

LUIS. ¿Dónde está Catalina? ¿Cómo no
la interesa mi mal? Hoy no la vi.
¿Sabe que estoy herido?

GREG. ¿Y qué sé yo?
A ella se lo diréis, que viene aquí.
(Sale Catalina. Don Luis la saluda.
Ella, sorprendida, si marcharse duda.
Mas, al fin, se sienta como indiferente,
y, altiva y graciosa, arruga su frente.)

LUIS. Dios os guarde, Catalina.

CATA. El os proteja, Don Luis.
Se dice que estáis herido.
Si lo estáis, ¿por qué venís?
¿No fué cosa de cuidado?
Más os vale.

LUIS. Os agradezco
mostréis una cortesía
que, por serlo, no merezco.
Pero no he de hacer igual
con lo que no es interés.

CATA. ¿Que no es interés, decís?
Pues decidme lo que es.
Que si ligero os parece
interesarme por vos,
ni a tal interés me obliga
lo que existe entre los dos.

LUIS. ¡Estáis tan indiferente!

CATA. ¡Y vos tan desconfiado!

LUIS. ¿No con razón desconfía
vuestro fiel enamorado,
cuando, sabiéndole herido,
apenas si os inquietáis,
y sólo por cortesía
se lo preguntáis?
¿Cuando sospecha que ayer
no quisisteis esperar
su vuelta?

CATA. Pues lo decís,
no tengo empeño en negar.

Es cierto. Esperar no quise
a quien tardaba en volver.
Es cierto. De mi albedrío
creo disponer.

LUIS. Jamás me lo enajenasteis.

CATA. Y si así lo comprendisteis,
¿por qué a forzados favores
accedisteis?
Nobleza tan altanera
y tan vanidosa edad,
no debieron conformarse
con amor de caridad.

LUIS. ¡Ciego estuve en vuestro juego,
que vuestro juego no vi!
¡Pero loco y ciego estuve
cuando sincera os creí!

CATA. Y lo fuí. No os engañé.
Si torcí mi inclinación
a daros desaires, fué
porque obligué al corazón.
Pensé que, en esto de amar
al que nos jura morir,
la voluntad de querer
nacía de consentir.
Mas hoy comprendo que no.

LUIS. ¿Quizás os hicieron ver
que querer es consentir
y no es consentir querer?

CATA. Quizá.

LUIS. ¡Soberbia elocuencia
si aprovechando el momento
que sola os dejé, he sabido
torcer vuestro pensamiento!
(Hay una pausa muy breve.
Catalina es fría nieve.
El, a hablar casi se atreve.)
Y a punto, ¿qué me decís
de las joyas y el judío?

CATA. Las joyas, dignas de un uso
más digno de ellas que el mío.
Y el orífice, aunque hebreo,

muy galante en ofrecer.
¡Os quede reconocida
por llevarme a su taller!
(La femenina ironía
hace saltar el despecho
que en el pecho
de don Luis se contenía.)

LUIS. ¿¿Y si él fuese quien me hirió?

CATA. No lo creo. Sois juicioso
para arriesgar en pendencias
mi honor.

LUIS. Pero soy celoso.

CATA. Además me pareció
tan discreto y tan cortés,
que no le creo capaz
de una ofensa. Y si, después
de todo, fuisteis herido
en duelo que honra a los dos,
vuestra herida sólo prueba
que él es más diestro que vos.
Y a los ojos de una dama
tal destreza le enaltece,
cuando ella por el herido
no se perece.
Y basta, que en el estudio
de menos se os echará.

LUIS. Tan firme resolución,
¿está dicha?

CATA. Dicha está.

LUIS. ¿Y si mañana se sabe
la verdad de la estocada?

CATA. Añadiréis el desprecio
a la vergüenza, pues nada
que digáis, siendo de mí,
quien lo escuche ha de creer.
¡No es tan fácil, si es honesta,
difamar a una mujer!

LUIS. ¡Pero es muy fácil jugar
a encender una pasión,
como quien juega al volante
con un corazón!

(Queda don Luis en silencio.
Catalina, silenciosa.
Gregoria, que entra y que sale
tan viva como curiosa,
halla el modo de acabar
con la escena embarazosa.)

GREG. Don Luis, os llaman arriba.

CATA. *(A don Luis, por su actitud.)*
¿Tanto os pesa este revés?

LUIS. Si me pesa, es esta burla.
Catalina, a vuestros pies.
(Se va don Luis, y Gregoria,
por distraer a su ama,
para mostrarle un vestido
que hay en la albura nevada
del lecho de Catalina,
descorre el tul de su cámara.)

GREG. Deje pesares, Catalina,
y venga a ver, en su aposento,
de sus galas la más divina,
que por extraño encantamiento
luce una tela purpurina
de prodigioso paramento.
No habrá en la fiesta de mañana
un traje igual;
yo, con mis manos de aldeana,
sobre la albura soberana
de vuestro lecho virginal
lo coloqué de tal manera,
que más que un traje se dijera
un primoroso manto real.
(Como admirada y deslumbrada
va Catalina a su aposento,
y tras el tul difuminada,
se prueba el traje, alucinada
y arrebolada de contento.
Gregoria, fiel, la presta ayuda,
y, como un sueño, la desnuda
sólo el corpiño y la gorguera,
y al verla así, se tiene duda
de si es la misma primavera.)

¡Mirad, señora y dueña mía!
CATA. ¡Sí que es lucido y de primor!
¡Qué brocatel y encajería!
¡Con qué ilusión lo probaría
por si me aprieta el ceñidor!
GREG. ¿Pues qué pensabais que quería
sino, señora y dueña mía,
que os lo probéis al tocador?
Yo os serviré de camarera
en vuestro casto camarín.
¡Hasta la misma primavera
muda ante vos palideciera
si así, desnuda, os sorprendiera
entre las frondas del jardín!
¡Que es vuestra mágica hermosura
de más perfume y más blancura
que la azucena y el jazmín!
(Hay una pausa de casta emoción,
que rompe Gregoria con gran discreción.)
¡Ay, si el pobre don Luis pudiera veros!
CATA. No me ofendas, Gregoria, en mi pudor.
GREG. Si lo dije, no fue para ofenderos,
sino para burlarme de su amor.
¿Disputasteis con él? ¿Hubo querella?
Largo rastro dejó, señora mía,
la visita al orfebre.
CATA. Pero en ella
conocí el grave error que padecía.
Si al amor pintan niño
con los ojos vendados de ilusión,
es vendarse los ojos por cariño
llevar un rayo de oro al corazón.
Pero cerrar los ojos a la vida
por propia voluntad renunciadora,
no es ir ciega de amor, es ir vendida.
GREG. ¡Cuán discreta verdad, dueña y señora!
(Ceñido el traje nuevo y acabada
la prueba delicada,
dejan el blanco aposento,
y al descorrer la cortina,
que la prueba desvanece,

como de un encantamiento
Catalina
se aparece.)
La prueba se acabó. Salid. Ahora
miraos a ese espejo. ¡Qué hermosura!
¡Ni un pliegue se os deshace!
¡Triste ha de estar la tortolilla pura
si con un traje así no se complace!
(Catalina se mira al espejo,
y Gregoria, que en todo la admira,
la contempla, la vuelve, la toca,
la mira, y suspira.)
Y para completar vuestra alegría
algo os he de decir de vuestro agrado.
Pero no me toméis por tercería
lo que, aun siendo indiscreto, es siempre hon-
[rado.

CATA. ¿Indiscreto? ¿Por qué? ¿Qué es lo que has
[hecho?

GREG. Una carta aceptar, que alguien me dió.

CATA. ¿Una carta? ¿De quién?

GREG. De quien el pecho
con su dardo a mi dueña atravesó.
De quien puso trastorno a mi princesa:
del orfebre Samuel.

CATA. ¿Y a tanto se atrevió? Pues ya me pesa
que te inclines por él.
¡Escribirme una carta! ¡Qué osadía!

GREG. El mismo me entregó su pergamino;
pero no hallé ocasión en todo el día
para hacerla llegar a su destino.
(Con la emoción de quien protege,
mas no es tercera en amor,
saca una carta, plegada
con gran primor.
Catalina, que no sabe
si dejarla o si cogerla,
tiembla como en un collar
una perla,
y se la manda quemar.)
Aquí está.

CATA. ¡Si la mano
me tiembla de cogerla,
¡igual que en un collar tiembla una perla!
No la quiero aceptar. Echala al fuego.
GREG. Pensadlo bien, que, si se quema, en vano
querréis leer en sus cenizas luego.
CATA. No he de ser tan curiosa como temes.
GREG. ¿La quemo?
CATA. Sí.
GREG. Ya está. Ved qué bien arde.
CATA. ¡No la quemes, Gregoria, no la quemes,
que siento, al verla arder, que soy cobarde!
GREG. Es imposible ya, señora mía.
¡Sólo queda un fulgor y una pavesa!
CATA. ¡Ahora quiero saber qué me decía,
y de haberla quemado ahora me pesa!
(Llora la enamorada
desconsolada.
¡De la carta esperada
no queda nada!)
¿Cómo se expresará un enamorado
de humilde condición, con una dama?
¿Qué frase? ¿Qué expresión? ¿Qué apasionado
juramento de amor borró esa llama?
Me debiste advertir de mi locura.
GREG. Ya os advertí, señora, a mi manera.
CATA. ¡Que acabe de este modo esta aventura!
¡Siento un hondo pesar!... ¡Llorar quisiera!
(Gregoria, al verla llorar,
se apresura a remediar
el daño que hizo en el llar.)
GREG. No os puedo ver llorar, señora mía.
¡Lo que eché al fogaril fué la envoltura
que la encubría!
Mas la carta está aquí. Tomad, señora.
Es locura creer que el pensamiento
diferente ha de ser a cada hora.
Somos cautivas de él.
CATA. ¡Otra vez siento
que la mano me tiembla ante la carta!
¡Qué extraña sugestión y qué osadía

a ella me acerca y a la vez me aparta!

GREG. ¡Eso es amor, señora y dueña mía!
(Con una emoción divina,
lee la carta Catalina.)

CATA. Catalina: Perdonad
si, esclavo de triste sino,
me cruzo en vuestro camino
como una fatalidad.
Amaros fuera locura
más que osado atrevimiento;
pero callar es tormento
de pavorosa tortura.
Y ya que amor nos inclina
a lo imposible querer,
recordad que sois mujer,
y, perdonad, Catalina.
Imposible es este amor;
pero, aunque triste y fatal,
es amor, y, como tal,
dueño de vida y de honor.
¿Y qué es honor y qué es vida
sino cosa tan ligera
que para darlas cualquiera
basta que amor se lo pida?
Sé que os amo ciegamente.
Sé que jamás ciego amé,
y hoy, que he cegado y lo sé,
sé que será eternamente.
No es comparable la fuerza
del amor, con otra alguna:
no hay unión que no desuna,
ni voluntad que no tuerza.
Y si es tan omnipotente
que muerte da sin herir,
¿cómo podréis impedir
que os ame tan ciegamente?
Mas nada temáis, señora;
que amor que imposible nace,
tampoco se satisface
como el amor de una hora.
Pide más que el breve paso

de esta humana liviandad,
y quiere la eternidad
para que alumbre su ocaso.
Por eso, señora mía,
no os quiero dar el castigo
de haceros sufrir conmigo
la afrenta a que os llevaría.
Como otro imposible, Dios
entre los dos se levanta.
¡Hasta una muralla santa
se interpone entre los dos!
Y porque os amo y no puedo
resignarme a renunciaros,
por fuerza debo dejaros
abandonando Toledo.
Mañana noche, a la hora
de la ígnea estrella primera,
en una triste galera
me iré a Portugal, señora.
Pero, por última vez,
cuando las joyas os lleve,
mostraos al que se atreve
a esquivar vuestra esquivez.
Que si cautivo de amor,
os compadecéis de mí,
miradme a los ojos, y
seré el cautivo mejor.
(Terminada la carta, desfallece
llena de dudas Catalina, y crece
la inquietud que en su pecho germinaba
y que era amor, aunque dormido estaba.)
¡Ay, Gregoria, Gregoria! ¡Que esta mano
pueda temblar así por esta carta!
¿Debo esperar? ¿No debo? ¿En ello hay culpa?
¡Aún no pensé pecar y ya me espanta!
Si le amase, sería un gran pecado
que no borrase contrición humana;
pero no es más que verle, y el recato
y la prudencia me darán su guarda!
(De la cancela del huerto
se oye sonar la campana.)

Quiero verle. ¿Llamaron en el huerto?
GREG. Sí llamaron.
CATA. Gregoria, esa campana
que nunca me hizo sino ser curiosa,
¿querrás creer que desde ayer me causa,
cada vez que la escucho, un sobresalto
que me sacude y me estremece el alma?
Parece que al sonar no es en el huerto,
sino en mi propio corazón que salta,
donde llama y repica.
GREG. El amor hace
cosas de muy graciosa extravagancia,
y cuando quien espera desespera...
CATA. No me impacientes más. Vé a ver quién llama.
GREG. Que llamen por el huerto, y a estas horas,
cuando nadie acostumbra, es cosa rara.
(Gregoria sale. Indecisa
queda un momento su ama.
Luego mira por el hueco
de la ventana,
y apresurada se quita
del vidrio, que la delata.)
CATA. Por aquí lo he de ver. ¡Ay, que me pesa
de haberle dicho que viniese a casa!
¡Es él! ¡Es él! ¡Dios mío, dame fuerzas!
¡Vele por mí la Providencia santa!
¡Presiento que el pecado de la carne
con honesta apariencia me amenaza!
¡Ampárame, Señor, para que oculte
lo que fuerza en salirme a la mirada!
¡Para que no me rinda, dame ayuda!
¡Ampárame, Señor, que soy humana!
(Vuelve Gregoria diligente,
como quien trae la nueva deseada.)
GREG. Con sobrada razón, señora mía,
os fué nuncio de amor esa campana.
¿Le digo que entre?
CATA. Sí. Mas no te apartes
de mi lado un momento, y si reparas
que hablo sin seso o desvarío, entonces
suspira fuerte y tornaré sensata.

GREG. ¿También yo suspirar?
CATA. Vé ya, Gregoria,
que en irse ha de tardar lo que ahora aguarda.
(De pronto repara en su traje,
y detiene a Gregoria, que sale.)
Mas espera. No vi que en este traje
no debo hacerme ver.
GREG. ¿Pues no sois dama
de calidad?
CATA. Pero pensar pudiera
que para verle descolgué mis galas.
GREG. ¡Si vos no fuisteis quien así lo quiso,
sino casual disposición extraña,
dejadlo, al menos, que el Destino sabe
de ciertas cosas la escondida causa,
y ya sabéis que de los cielos vienen,
como dice el refrán, boda y mortaja!
(Sale Gregoria presurosa.
Catalina, como una rosa,
tiembla por la menor cosa.)
CATA. ¡Es él! ¡Es él! ¡Dios mío, dame fuerzas!
¡Ampárame, Señor, que soy humana
y me siento, a medida que se acerca,
toda encenderme, como viva llama!
(El orfebre penetra. En la mano
trae un cofre de plata labrada.
Catalina le mira, y en vano
quiere hacerse la no interesada.
Y Gregoria, como un ama seca
que el honor de su dama vigila,
al compás del pedal de la rueca
hila, hila, hila...)
S. JOV. Hermosa Catalina.
Disculpad que, confuso, el artesano
por vuestro nombre familiar os llame,
que tanto es pronunciarlo este villano,
como un puñado de agua cristalina
sostener en el hueco de la mano
sin que una sola gota se derrame.
CATA. ¿Disculpa? ¿Confusión? Mirad que todo,
no siendo nada, aparentáis que es algo;

y no sigáis hablando de ese modo,
que yo me sé estimar en lo que valgo.
Mirad que el que os oyera pensaría
que motivos os di de cortesía.

S. JOV. ¿Dió motivos el cielo
para ser de los hombres elegido
por única morada
de consuelo?
¿Dió motivos la fuente
para ser de sediento codiciada?
Y el arroyo escondido
que va desde la fuente a la enramada,
¿los dió para que fuera su corriente
espejo preferido
del tímido pudor adolescente?
¿Lo dan las vivas rosas
ni las claras estrellas?
Y ¿hay otra causa, sino ser hermosas,
de que la Humanidad sueñe con ellas?

CATA. Pero ¿son las estrellas y las rosas
para todo el que dice que son bellas?

S. JOV. Si la rosa se inclina
hacia el que va por la vereda,
con la mano tender, la rosa queda
presa del pasajero, Catalina.
Y si la estrella en el otero
tiembla viva de amor, aunque lejana,
presa queda también del pasajero
que no teme a la luz de la mañana.

CATA. ¿Y si la flor esquiva
dejarse ver?
¿Y si cuelga la estrella tan arriba
que no se puede estremecer?
¿Y si en tal esquivez y a tal altura
mostrarse a vos, la que miráis os jura?
(Samuel, que sobre un vargueño
ha descubierto su carta,
da por ello en la sospecha
de que es amor quien la guarda.)

S. JOV. Que es falso vuestro voto

me dice la presencia
de esta carta de amor, que no habéis roto.

CATA. *(Para sí.)*
¡La debí de guardar! ¡Oh, qué imprudencia!
(A Samuel.)
Pues rómpala su autor...

S. JOV. Su autor renuncia
al ingrato dolor de castigarla,
pues su descubrimiento le denuncia
que os causaba pesar el desgarrarla.

CATA. No fué así... Fué un olvido.

S. JOV. Pues echadla vos misma al fogaril.

CATA. ¿Yo misma? ¿Por qué no? Tan solo os pido
que os volváis hacia allá.

S. JOV. ¡Prueba gentil!
(Torna el dorso Samuel, graciosamente.
Catalina, que tiembla por la carta,
le mira. Gregoria, que no aparta
sus ojos de los dos, discretamente
da un suspiro, también cómicamente.)
¿De temblar tenéis miedo?

CATA. *(Temblando.)*
¿Miedo yo de temblar?

GREG. ¡Ay!

CATA. ¿Suspiras?

GREG. ¡Suspiro! ¿Es que no puedo,
cuando lo juzgue a punto, suspirar?
(Catalina, que ya desfallecía
a las palabras de Samuel,
se repone al suspiro, y se lamenta
de su flaqueza de mujer.
Mas, decidiéndose luego,
arroja la carta al fuego.)

CATA. *(Para sí.)*
¡Ay, suspiros temidos!
¡Es en vano que finja mi razón,
si a voces le declaran mis sentidos
lo que a voces me dice el corazón!
(Alto.)
Al fuego la arrojé. ¿Veis? ¡Ya es ceniza
y polvo nada más!

S. JOV. Su humilde sacrificio la eterniza,
que el amor canoniza
carta que se perdió para en jamás.
¡Del corazón que las cenizas ama
surge más fuerte la divina llama!

CATA. Además de platero, sois poeta,
y ello me hace escuchar lo que no debo.
Mas ya en extremo ha sido. Abrid la arqueta
para las joyas elegir de nuevo,
pues ya las esperaba
con impaciencia tal, que parecía
que en ellas se encerraba
toda mi dicha y toda mi alegría.

S. JOV. ¿Y por qué no, señora?
Toda la dicha y toda la ventura
son fugaz ilusión, que apenas dura
lo que un pomo de olor que se evapora
o el vuelo de un neblí sobre la altura.

CATA. ¡Es un neblí que cruza el cielo!
¡Una ilusión lo es todo!

S. JOV. Una ilusión que detener al vuelo
como al mismo neblí.

CATA. ¡No me miréis, que me miráis de un modo
que me espanto de mí!
(De nuevo en los ojos amantes se mira.
De nuevo Gregoria los mira y suspira.)

S. JOV. ¡Una ilusión en vuestros ojos miro
que a irisar en su luz no hay joya hermana!

GREG. ¡Ay, Cristo de la Vega!

CATA. ¡Otro suspiro!
¡Imposible es luchar, carne liviana!
(Repuesta otra vez Catalina,
manda a Gregoria que avise a su padre,
pero ya no pretende ocultar al orfebre
que entre los dos un abismo se abre.)
(A Gregoria.)
Avísale a mi padre la presencia
de quien para esta tarde le previne.
¡Y entretanto, Samuel, tened prudencia,
olvidad, como yo, y esto termine!
(Vase Gregoria del escenario,

murmurando, al salir, su comentario.)

GREG. ¡Ay, qué gana tenía de poder
dar un fuerte suspiro a mi placer!
(Quedan solos Samuel y Catalina,
y hace la soledad de Celestina,
para avivar su amor de tal manera,
que arde y fulgura cual fatal hoguera.)

S. JOV. ¡Olvidar no es posible! ¡La inconstancia
puede borrar lo que el olvido quiere;
pero no hay en el mundo una distancia
que borre amor que sobre el alma hiere!
¡Y este amor turbulento, Catalina,
grabado queda como amor fatal
que hiriendo va en el alma cristalina
lo mismo que un diamante en un cristal!

CATA. ¿Y os vais?

S. JOV. Huyo de vos.

CATA. ¡Ay, quién pudiera,
como los hombres, en veloz carrera
huír de nuestro propio pensamiento
a la grupa ligera
de un corcel polvoriento!
¡Pero mientras los hombres cabalgando,
suelto al viento el airón, el viento orea
su triste recordar, la misma idea
se va en nosotras sin piedad clavando,
y en lugar de alejarse con el viento,
el triste corazón va perforando
como la gota de agua del tormento!
¡Ay, quién huír pudiera,
como los hombres, en veloz carrera!

S. JOV. No más que una palabra necesito
que prometa consuelo,
y no me iré.

CATA. ¡Mas si os lo veda el cielo!
¿A qué luchar por lo que está maldito?
¡Idos, Samuel! ¡El imposible amor
quiere nuestra tortura!
¡Idos muy lejos y será mejor,
para que demos paz a esta locura!
¡Ay, quién huír pudiera,

como los hombres, en veloz carrera!
(Se oye la voz de Dominico
por un corredor cercano.
Samuel, que la retenía,
suelta a la hija su mano.)

DOMI. *(Dentro.)*
Atenta está, Gregoria, a los señores,
que al punto soy con ellos. Mas si alguno
muestra prisa en partir, no lo demores
con tu parlar inoportuno.

CATA. Mi padre viene aquí.
(Sale el maestro Dominico,
y, dirigiéndose al joyero,
le hace un saludo entre mundano
y austero.)

DOMI. Señor joyero,
Dios le guarde.

S. JOV. ¡Maestro!

DOMI. Catalina
tanto os vino a elogiar, que sólo espero
merezcáis alabanza tan divina,
pues, siendo Catalina descontenta
y muy parca en elogios, ciertamente,
cuando deja de ser tan exigente,
es porque el genio en lo que alaba alienta.

S. JOV. O porque vuestra hija lo acrecienta
con sólo que lo mire atentamente.

DOMI. Me place que sepáis
ser galante también y cortesano,
para que en todo parezcáis
un orfebre italiano.
(Hay una pausa en que Samuel, abriendo
el cofre que traía,
encima de la mesa va extendiendo
la fina pedrería.)
Veamos. Hija mía,
acércate y elige.
¿Dijiste que entre todo te placía. .?

CATA. No sé cuál, entre todo, es lo que dije,
pues todo por igual es de mi gusto.

DOMI. Mas que lo elijas a tu gusto es justo.

(Catalina se acerca para elegir. El padre,
con rápido mirar de artista experto,
el mérito en las joyas del orfebre
ha descubierto.
Y mientras ella en elegir se tarda,
Dominico y Samuel, en largo aparte,
cada cual, a su modo, hace un elogio
de su arte.)
¡Bien hermanáis la piedra con el oro!
¿En Italia estuvisteis?

S. JOV. Estudiando
con Piffero y Castoro,
y con Juan Fiorenzuela, trabajando.

DOMI. Buena escuela tenéis.

S. JOV. Luego, en Florencia
conocí del maestro Benvenuto
la gran magnificencia,
y le rendí, con mi fervor, tributo;
pues si esta mano diera
por grabar a su estilo un camafeo,
diera toda mi vida, si pudiera
cincelar otra estatua del Perseo.

DOMI. Pero ¿sois español?

S. JOV. Soy toledano;
mas Italia corrí, y estuve en Flandes;
y en Amberes pasaron por mi mano
los diamantes más puros y más grandes.
(Con entusiasmo febril
de místico o de poeta,
deja volar Dominico
el ave de su alma inquieta.
Relata su juventud,
cuenta su venida a España,
y cómo le dió Castilla
inspiración tan extraña.)

DOMI. ¡Divina juventud, rico tesoro
que por perdido lloro!
¡Yo en Venecia también viví una vida inquieta,
y allí, de Tintoreto, Veronés y Ticiano,
aprendí los secretos de una rica paleta
y un color transparente, luminoso y pagano!

Mas yo no me avenía
con esta paganía,
y quise ser cristiano.
¡Y así vine a esta España y a éste páramo [seco,
donde todos me llaman Theotocópuli, el Greco!
En tierras de Valencia triunfaba Juan de Jua- [nes...
Berruguete y Becerra en la parda Castilla...
Eran hoscos los viejos retablos catalanes,
y nacía con Vargas la escuela de Sevilla...
Y cruzando la tierra del áspero barbecho,
ambicioso llegué cierto día a la Corte.
¡Como mi "Caballero de la Mano en el Pecho",
eran tristes mis ojos y era altivo mi porte!
Mas no pude vivir la vida cortesana.
La figura siniestra del rey me daba miedo...
Y buscando un ambiente de ciudad castellana,
aposenté mis reales en la imperial Toledo.
¡Toledo!... Esta ciudad de monjes y exorcis- [tas
donde los caballeros, como los artesanos,
sólo tenían viejos refranes pesimistas
y cruces marfilinas en las pálidas manos.
Se cerraban las tiendas de los viejos freneros...
El corcel por el hábito cambiaban los señores...
¡Se apagaban las fraguas en donde los ar- [meros
templaron las espadas de los conquistadores!
¡Toledo se moría!... Viendo en las colegiatas
el negro terciopelo a la luz de los cirios,
concebí, mientras iban pasando las beatas,
alargar las figuras como tallos de lirios...
Y pinté retorcidos miembros atormentados,
bajo la luz siniestra de las apariciones;
y los siete esqueletos de los siete pecados,
en contraste de sombras con iluminaciones.
Y las fieras tormentas sobre los panoramas,
con sus exhalaciones de luces cadavéricas...
Y Toledo, la escena de los místicos dramas,
aterrado debajo de las nubes esféricas.

¡Y el Jesús en tortura de las crucifixiones,
demudado el color a la cárdena luz,
retorcidos los huesos y tensos los tendones
bajo el lívido rayo que ilumina la cruz!
¿Qué misticismo extraño me atormenta en Cas-
[tilla,
y por qué es mi paleta tan negra y amarilla,
tan cárdena y extática,
tan ocre y tan dramática?

S. JOV. ¡Es que al pintar recoge de esta tragedia el eco
el señor Dominico Theotocópuli, el Greco!
(Ya eligió Catalina
los joyeles mejores,
y vuelven a este mundo
los interlocutores.)

DOMI. En fin, ¿cogisteis ya? Pues esto sea.
Aunque no escasa suma me parece
importa lo apartado, ello merece
más que yo os puedo dar, que, aunque se crea
—según va la malicia propalando—
que es de un raro Mecenas esta casa,
de cierto, mi caudal apenas pasa
de un mediano pasar para ir pasando.
Venid y os pagaré.

S. JOV. Mejor querría
me honraseis complaciéndome un deseo.

DOMI. ¿Cómo negarme, si los dos, me creo,
somos de igual a igual en maestría?
A no ser cosa de honor...

S. JOV. De honor es.

CATA. *(Sobresaltada.)*
¿Qué irá a decir?

DOMI. Pues acabad de pedir,
y ya veremos.

S. JOV. Señor,
digo que es cosa de honor,
pues fuera honor el favor
si tal favor consiguiera,
pasarme a vuestro taller
para por mis ojos ver
lo que la fama os pondera

como al supremo pintor
de la cristiandad entera.

DOMI. ¿Acabaréis de adular
y ponderar? ¿Por manera
que a tan poco os atrevéis?
Pues pasad y lo veréis,
que ya el sol va a tramontar,
y si damos en hablar
ni tiempo ni luz tendréis.
*(Vanse los dos al estudio,
y apenas si se han marchado,
vuelve a la estancia Gregoria
con el color demudado.)*

GREG. ¡La nube negra se acerca!
La tarde metióse en agua.

CATA. ¿Llueve?

GREG. Las primeras gotas
de un nubarro hacia la Mancha.
*(Se acerca Catalina a la ventana
para ver la meseta castellana.)*

CATA. No son los que yo más temo
nubarrones que descargan.
Y éste es de ésos. Sobre el Tajo
se abre de sol una clara.
Cuando llueve y hace sol
sale el arco.

GREG. Acaso salga.
Mas no es la nube del cielo
la nube que os amenaza.
*(Catalina, a la que inquietan
estas palabra,
se aparta del vidrio, donde
repica el agua.)*

CATA. ¿Es otra?

GREG. Mucho más negra.

CATA. ¿Qué quieres decir? Acaba,
que ya me siento una nube
oscureciéndome el alma.

GREG. Digo, señora, que, en tanto
que sus mercedes hablaban
con el orfebre, la mora

que él tiene vino a esta casa.
¿No recordáis quién os digo?
CATA. La morisca, su criada.
GREG. O lo que sea.
CATA. ¿Qué piensas?
GREG. Lo que vos.
CATA. No pienso nada.
GREG. ¿Creéis que, siendo tan bella,
no ha de ser más que su esclava?
CATA. Nada creo.
GREG. Pues entonces
yo tampoco.
CATA. Pero acaba.
GREG. Dijo que viene a deciros
algo que sabe y que calla.
Que quiere hablaros a solas,
que no se irá si no os habla,
y que es tan grave el secreto,
que antes muerta que callada.
CATA. ¿No será cosa de escándalo?
Y yo ¿por qué he de escucharla?
Dila que no; que no quiero,
que soy ajena a su causa,
que no me importa el recado,
y, en fin..., que no estoy en casa.
Si le quiere, que le quiera,
que le espere cuando salga,
pues si él vino fué tan sólo
a venderme unas alhajas.
Dila que no se le robo;
dila..., ¡pero si las lágrimas
me acongojan! ¿Cómo quieres
que de ella no tema nada?
GREG. Me advirtió que por amante
celosa no la tomarais,
y me dijo que la muerte
a su señor amenaza.
CATA. ¿Y estuviste así, Gregoria,
tan en decírmelo tarda?
¿Oyes que es vida o es muerte
de Samuel, y no la pasas?

¡Pienso, Gregoria, que el cielo
te puso de piedra el ánima!
¡Dila que espero y que pase,
que si la muerte le aguarda,
dispuesta a morir por él
estoy... Mas no digas nada.

GREG. ¡Que pase ya, y de este modo
las dos miréis si esto acaba!
(Sale Gregoria. Su dueña
reza en tanto esta plegaria:)

CATA. ¡Se alejó la blanca nube
de mi inocencia pasada,
y de un amor imposible
volvió negra, aunque era blanca!
¡Ay, amor, que es en mi vida,
nubarrón que no descarga!
(Jarifa, la morisca, se aparece
como la encarnación de la tragedia,
y se arroja a los pies de Catalina,
que se sorprende al verla.)

JARIFA. ¡A tus plantas, cristiana generosa,
asilo y protección para él te pido!

CATA. Alzad, buena mujer; decid qué cosa
hasta mi casa os ha traído,
y si los celos son, no estéis celosa,
que yo doy vuestro amor por bien venido.
(Entre Gregoria y Catalina
hacen alzarse a la morisca.)

JARIFA. No son celos, cristiana. Nunca he sido
más que una esclava a mi señor leal.
El me acogió en su casa y me ha ofrecido
un respeto sagrado y fraternal.
Tengo un sitio en su hogar. Su casa es mía.
En su dulce amistad tengo un rincón.
¡Pero yo sé que nunca me abriría,
lo mismo que su casa, el corazón!
Nunca puso sus ojos en los míos
como de hombre a mujer,
y siempre fueron para mí sombríos
ojos que llevan luz de amanecer.
Mas, aunque sé que de mi amor se habría

cuando se lo dijesen, de reír,
¡por mi señor, cristiana, moriría
antes que ver a mi señor morir!

CATA. Os creo si le amáis tan firmemente.
Mas decid qué queréis, buena mujer,
y daos prisa, que en la casa hay gente
que os pueda sorprender.

JARIFA. ¡Porque sólo tu amor le ha de salvar
vengo a implorar de ti su salvación!
¡Le persigue la Santa Inquisición
y le quieren matar!
(Como falta de apoyo, Catalina
está a punto de caer;
pero Gregoria, que lo ve, se inclina
la pálida doncella a sostener.)

GREG. ¿Qué os sucede, señora y dueña mía?

CATA. La emoción de saberlo y de sentir
que, como la morisca, moriría
antes que ver a su señor morir.
Mas me repuse ya. Seguid hablando.

JARIFA. Después que ayer salisteis del taller
a mis solas quedé, considerando
que, al fin, se lo llevaba otra mujer.
¡Toda la noche me pasé en el lecho
como quien su esperanza vió morir,
con los ojos clavados en el techo,
sin llorar ni sentir!
¡Hoy le seguí los pasos todo el día,
lo mismo que un pobre lebrel,
que, cuanto más le pegan, todavía
se humilla más noble y más fiel!
Esta tarde salió. Tras él me vine.
Le vi llamar aquí. Volvíme a casa,
y al buen Samuel, el Viejo, le previne
de cuanto pasa.
A poco, la justicia entró a buscarle,
y como no le hallaron,
al Viejo se llevaron,
y a mí, que muda estaba, me llagaron
para obligarme a delatarle.

CATA. ¿Y le vendisteis?

JARIFA. No. De las esposas
en esta llaga viva
mira las sangrientas rosas.
(Muestra los pulsos sangrando
por dos heridas circulares,
que las esposas, apretando,
fueron dejando
como pulseras singulares.
Ante la huella del tormento
inquisidor,
da Catalina un grito de pavura
y de horror.)
CATA. ¡Oh!
JARIFA. A delatarle iba
pensando sólo en ti; pero sus ojos,
como una aparición, me contuvieron;
y porque nada dije, me pusieron
estos sangrientos brazaletes rojos;
hasta que a mi dolor se apiadaron
y las duras esposas desciñeron.
Luego, toda la tienda registraron,
y un comienzo de carta se encontraron
donde estaba tu nombre, que leyeron.
¡Y aquí le buscarán; que es este nido
débil para la fiera que le acosa!
¡A tus plantas, cristiana generosa,
asilo y protección para él te pido!
(Cae de nuevo a las plantas de la doncella,
y en sus ojos un vivo fulgor destella.)
CATA. Alzad, buena mujer. Idos sin miedo,
que, si salvarle puedo,
por astuta que sea la alimaña
la cegaré en la tela de mi enredo,
sutil como la tela de una araña.
(Jarifa se levanta.)
El sino de Samuel
es no ser para mí ni para vos.
Pero es también su sino que las dos
nos consagremos a velar por él.
(Con voz de profecía,
trágica en su terrible predicción,

al tiempo de salir, dice Jarifa
esta maldición:)

JARIFA. ¡Pues si le salvas, te lo premie Dios!
¡Mas si le vendes, que tu casta sea
plagada de todo mal,
y que tu carne, con hedor, se vea
comida de lepra mortal!
(Tras su pregón profético,
se va Jarifa, trágica.
De visitar el estudio
vuelven el Greco y Samuel.
En la puerta se despiden,
y torna al estudio aquél.)

DOMI. Y bien, señor Samuel: muy complacido
seré de vos si frecuentáis mi trato.

S. JOV. Tal favor concederme, es un mandato.
Jamás me vi tan bien favorecido.

DOMI. Acompaña, hija mía, al caballero,
y perdonadme. En el taller me esperan.

S. JOV. Sed vos quien perdonéis. ¡Cuántos quisieran
recibir el honor que este orfebrero!
(El Greco torna al estudio.
El orfebre y Catalina
se dirigen a la huerta;
mas, entonces, argentina
suena del huerto en la puerta
la campana, que una mano
sacude en vivo repique
insistente y sin espera.
Catalina al artesano
detiene. Va a la ventana
para ver quién la campana
agita así desde fuera;
pero al verlo palidece,
da un grito y quiere llevar
a Samuel por otra puerta
que a otra calle viene a dar.
Pero en el mismo momento
suena allá, por lo interior,
otra campana llamando
con repique aterrador.)

CATA. Deteneos, Samuel.
(A Gregoria.)
¿Sonó en la huerta?
GREG. En la huerta sonó.
CATA. *(En la ventana.)*
¡Jesús!
(Vuelve aterrada.)
S. JOV. ¿Qué os pasa?
CATA. Nada. Pronto, venid por la otra puerta.
GREG. *(En la ventana, a su vez.)*
¡Si es la justicia quien llamó a la casa!
(En este mismo instante
se oye la otra campana más distante.)
CATA. *(Deteniéndole.)*
Esperad.
(A Gregoria.)
¿Otra vez?
GREG. Mas ahora ha sido
por la calle.
S. JOV. *(Impaciente.)*
Importuno es el que llama;
mas no lo es para mí, que me ha servido
para quedar cautivo de mi dama.
CATA. ¡Callad, por Dios, que lo que pasa es grave,
y reparad no es justo
a burlas deis lo que me causa susto!
S. JOV. Mas permitid que alabe
la hermosa palidez, acentuada
junto al vivo color de ese corpiño.
¡Más blanca está la Dama del Armiño
que aquella piel con que la vi entocada!
¡Pero si algo teméis, no temáis nada
teniendo aquí mi espada
y mi cariño!
CATA. Es tanto mi temor, que quiero en vano
no temer. Mas callad y estad atento.
(A Gregoria.)
Y tú vé a ver quién es, aunque presiento
que llama por allí la misma mano.
(Vase Gregoria. Atenta Catalina
sólo al ruido interior, la mano al pecho,

con la mayor congoja, vuelve inquieta
de la puerta interior a la ventana,
causando asombro al orfebrero, que hace
burla de su inquietud, discretamente.)

S. JOV. ¿La misma mano por distintas puertas?
Asombrosa será, si es mano de hombre.

CATA. ¡Pero si es la de Dios, nada os asombre,
que El entrará sin que le estén abiertas!
(Por la huerta vuelve a sonar la campana,
y Gregoria vuelve también, aterrada.)

GREG. ¡Toda la casa la justicia ronda!

S. JOV. *(Comprendiendo.)*
¿La justicia? Es por mí. ¿Y ello os apura
y os da mortal pavura?
¡Pues dejadme que salga y que responda!
Si temisteis por mí, ¿qué más ventura?
(Vuelve a escucharse por el corredor
la insistente campana en lo interior.
A entregarse el orfebre se decide.
Catalina, en la puerta, se lo impide.)

S. JOV. ¡Abrid, Gregoria; en entregarme tardo!
Que esbirros y golillas no merece
esta casa.

CATA. Si en ella se os ofrece
contra la Santa Inquisición resguardo,
¿cómo queréis que os venda? ¡Esta es mi casa,
y de ella no saldréis sino a seguro!

S. JOV. *(Con burla.)*
Mas ¿por dónde salir: saltando el muro?

CATA. ¡Escondeos allí, que nadie pasa!
(Como suprema salvación le muestra
su estancia virginal, que, oscurecida
por las primeras sombras de la noche,
a punto está para salvar su vida.)

S. JOV. Sería poco airoso si me hallasen.

CATA. *(Con energía.)*
¡Escondeos allí!
(A Gregoria.)
Tú, vé a la puerta.
(Vase Gregoria. A Samuel.)
Entrad, y no temáis, que es cosa cierta

que ni el umbral traspasen.
Es mi cámara. Entrad.
(Con orgullo.)
¡Si en ella quiero
comprometer mi honor para salvaros,
y aun no basta mi honor, ha de obligaros
saber que quiero que viváis, o muero!
(Samuel, lleno de gozo al escucharla,
accede a obedecerla,
que salvarse por ella es conquistarla,
y por ella morir, será perderla.)

S. JOV. ¡Pues profane mi planta el casto nido
y sea la justicia bien venida!
Mas, si entran, vuestro honor...

CATA. ¡Por vuestra vida
bien estará mi honor comprometido!
Siento voces. Callad y no hagáis ruido.
(Con el Inquisidor y los golillas
sale el buen Dominico. Los alumbra
Gregoria. En pos de todos
queda don Luis Tristán en la penumbra.)

DOMI. Puedo deciros que en mi casa estuvo,
mas que salió ha un instante, y aunque ignoro
por qué se le persigue, a todo accedo,
que motivos tendrán cuando le buscan.
Registradme la casa. Toda es vuestra.

INQUI. Disculpad, señoría, si os registro.
Vuestro nombre de prez, vuestra fortuna,
vuestra fama de honor y el metimiento
que con el rey, nuestro señor, os vale,
sobrados son para que yo sospeche
de vos ni de los vuestros. Con lo dicho
dicho queda, también, que si esta casa
insisto en registrar, es por si el mozo
de todos se burló y halló manera
de esperar escondido hasta un momento
en que pueda escapar sin ser notado.
(Dominico, ofendido, de este modo
despide a los golillas:)

DOMI. ¡Pues ya tardando estáis en registrarme!
(Vase la ronda con Gregoria.

Catalina, aterrada, no se mueve.
Don Luis, discreto, calla. Dominico
va de acá para allá, pues si consiente
ofensa parecida, es por desprecio.
Un momento interroga a Catalina
si salió de la casa el orfebrero.)
¿Tú le viste salir?

CATA. *(Con entereza.)*
Sí, padre mío.
Por el huerto. Yo misma, la cancela
le abrí.

LUIS. La voz os tiembla, Catalina.

DOMI. Justo es que tiemble la gentil paloma.
Su palomar llenóse de abejorros,
que, sin respeto a nada, le profanan
como pajar inmundo. ¡De esta afrenta
daré mi queja al rey!
(Tal es su ira,
que está fuera de sí.)

LUIS. Dadla, maestro;
mas, con licencia, que juzguéis es justo,
si delinquió el orfebre, mal tenido
será que Catalina le trajera
a mansión de honradez.

CATA. *(Para sí.)*
¡Oh, qué malvado!

DOMI. ¡Tened, don Luis, la lengua! Esa censura
no es propia del respeto que os merece.
Si el orfebre pecó, ¿quién lo sabía?
(Hay una pausa entre los tres,
llena de angustia y de interés.)
¿Y de qué se le acusa?

LUIS. Ignoro el hecho.
Mas, seguro, de hereje.

DOMI. ¿Hereje el mozo?

LUIS. ¿Cómo no lo ha de ser, siendo judío?

DOMI. Pues por su hidalgo aparentar, cristiano
me pareció más bien. Cierto que, acaso,
de haber sabido la verdad, no menos
me hubiera congraciado.

LUIS. Hay quien afea

que fuese Catalina a visitarle,
en su propio taller.

CATA. Pues de ello, sólo
vos, que allí me llevasteis, sois la causa.

LUIS. Pero no sospechando esta locura.
(Dominico, exacerbado
por la censura en su cólera,
defiende a su Catalina
con recia voz. Luego torna
a su bondad, resignado,
y entra en seguida la ronda.)

DOMI. ¡Basta! No se hable más. Todo ha pasado.
(A Catalina.)
Inocente eres tú.
(A don Luis.)
Y a vos tan sólo
disculpa esa censura el interés...
¡Que me hierve la sangre cuando pienso
que ha entrado la justicia en esta casa!
¡El orfebre judío! ¡Quién creyera!
Le imaginé tan noble y tan cristiano
como el conde de Orgaz.
(Pausa.)
Ya vuelven todos.
(En la mano su velón
sale delante Gregoria.
Detrás, el Inquisidor
con su ronda.)

GREG. Y se acabó la casa.

INQUI. *(Por la cámara de Catalina.)*
¿Y esta puerta?
(Catalina, demudada
como una muerta,
decidida se interpone
ante la puerta.
El Greco, que ya no puede
lo que mira tolerar,
pide, por su honor, respeto
para el sagrado lugar.)

CATA. Esta es mi alcoba, señor.

DOMI. Pido respeto

para que nadie pase. Mi palabra
de honrado caballero, favorito
de su Real Majestad.

INQUI. No pidó tanto;
que me basta mirar a vuestra hija
para juzgar sagrado ese aposento.
Renuncio a registrarlo y me retiro
con la venia de vuestras señorías.
¡Dios guarde a Theotocópuli!

DOMI. *(Secamente.)*
El os guíe.
(Seguida siempre de Gregoria,
sale la ronda.
Don Luis, también, a poco, se despide.)

LUIS. Yo también me retiro. Que el reposo
os repare el disgusto de esta noche.

DOMI. Dios nos sosiegue a todos. Catalina,
¿qué decís a don Luis?

CATA. *(Forzosamente.)*
Que Dios le guarde.
(Vase don Luis. Vuelve Gregoria,
que contra los golillas alborota.)

GREG. ¡Gracias a Dios que os espanté los grajos!
¡Toda la casa en espantosa ruina
y en desorden está! ¡Dichoso orfebre!
¿Qué se nos da a nosotros lo que hiciera?
¿Está bien que a la fuerza nos registren
y...?

DOMI. ¿Callarás, Gregoria? No me enojes
más, con tu necio hablar, que me enojaron.

GREG. Me disculpe el señor. ¿Pongo la mesa?

DOMI. No he de cenar.

CATA. ¿Por qué, padre? Ya es hora.

DOMI. El disgusto quitóme el apetito.
Tú, si quieres hacerlo, no me esperes.

CATA. Tampoco he de cenar.

DOMI. ¿Por qué tampoco?

CATA. Es que he de comulgar por la mañana,
y así, mejor recibiré al Santísimo.

DOMI. Pues en la casa se recojan todos.
Quiero cerrar yo mismo.

(Para sí.)
¡Es cosa extraña
que tema sin saber qué es lo que temo!
¡Necio de mí, que por doncel judío
me doy a cavilar!
(Impaciente.)
¡Vamos, Gregoria,
sal ya de aquí, para cerrar las puertas!

GREG. *(Perezosa.)*
¡Pero, señor, si apenas son las ocho!

DOMI. ¡Sal, te digo, mujer!

GREG. ¡Cuántos desmanes
trajo a esta casa la fatal visita!
(Gregoria entrega las llaves
a Dominico, y se va.
Dominico, por su mano,
cierra la puerta que da
al jardín. Hace lo mismo
con la que da al interior,
y cada vuelta produce,
a Catalina, terror.)

CATA. Yo, luego, cerraré.

DOMI. Quiero yo mismo
cerrar.

CATA. ¿Algo teméis?

DOMI. A nada temo.
Es tan sólo guardarte del acaso.
Me voy a descansar. Tú harás lo propio.
Si algo quieres, me llamas. Harto sabes
tengo el sueño ligero, y solamente
con que me digas padre, en voz tan dulce
como dulce es tu voz, despierto al punto.
Si vas a comulgar a misa de alba
bueno es que te prepares como debes.

CATA. ¿No leeréis un rato?

DOMI. Hoy, no. Si el sueño
quiere acogerme tan aprisa como
le pido que me acoja.

CATA. Padre mío,
fuerza es obedecer.

DOMI. ¿Pues no te place?

CATA. Placerme, sí. Pero si debo al alba
salir..., dadme la llave de este lado.
DOMI. Despiértame también. Yo iré contigo
para pedirle a Dios que me ilumine
en ese cuadro que encargóme ha poco
el rey, nuestro señor.
CATA. Un beso, entonces.
DOMI. El cielo te dé el sueño que mereces.
(Ella le ofrece su frente
de cristal
al calor de un casto beso
paternal.
Entra el padre en su aposento
—segundo del diestro lado—,
y su hija, un momento atenta
queda, cuando él ha cerrado.
Y acercándose a la puerta
de su aposento, transida,
llama a Samuel. Ni una muerta
está tan descolorida.)
CATA. *(Para sí.)*
¡Solos estamos ya! ¡La Providencia
vele por mí!
(Llamándole.)
Salid y no hagáis ruido.
S. JOV. *(Saliendo.)*
¡Catalina!
CATA. ¡Samuel! ¡Ya habéis oído
adónde nos llevó nuestra imprudencia!
Solos estamos ya, mas prisioneros
de mi padre, que teme, ¡y encerrados!
S. JOV. ¿No es posible salir?
CATA. Por todos lados
procuró vuestra suerte reteneros.
S. JOV. ¡Otro imposible! Entre imposible tanto,
acaso nuestro amor posible sea.
CATA. ¡Callad, por Dios, que semejante idea
me causa espanto!
(Cada cual se aparta a un lado
del aposento,
como quien huye, asustado,

de tan terrible momento.)

S. JOV. ¿Y qué hacer?

CATA. ¿Y qué hacer? Vana pregunta.
¡Como ante un ataúd o ante un altar,
hasta el alba velar,
vos en aquel rincón, yo en esta punta!

S. JOV. ¿Tan lejos, Catalina?

CATA. ¿Aún os parece
lejos estar en tan pequeña estancia?

S. JOV. Me parece, señora, una distancia
que nuestra soledad no se merece.
Los dos cautivos de la misma duda,
quisimos separar nuestro camino,
pero vuelve a juntarnos el Destino
y es la fatalidad quien nos ayuda.
¡Solos aquí los dos, la noche en medio,
huyendo del amor inútilmente,
cuando luzca la aurora por Oriente,
ya no tendrá remedio
lo que, siendo fatal, será inocente!
(Con apasionada exaltación.)
La muerte me buscaba y me seguía,
pero, haciendo el amor de carcelero,
por robarla su presa, prisionero
me tiene aquí de vos, hasta que el día
brille en la luz del matinal lucero.
¿Y cómo pretender que hemos de estar,
cuando se oye latir el corazón,
como ante un ataúd o ante un altar,
en este velatorio singular
que queréis encender a la razón?
¡Sobre nosotros la verdad cernida
de que el amor es lo más fuerte,
quiere dar a los dos la misma suerte!
¡Bendito amor que se cruzó en mi vida
y me arrancó a las garras de la muerte!
(Como sugestionada Catalina
por las palabras de Samuel,
quiere huirle cuando él se la aproxima;
más lucha en vano: la domina él.)

CATA. ¡No os acerquéis, Samuel, os tengo miedo!

Respetadme y pensad que a un solo grito,
lo mismo que a un ladrón perderos puedo.
¡No os acerquéis, Samuel, os tengo miedo!
¡Ved que este triste amor está maldito!

S. JOV. ¡Devolvedme a la muerte, mas no sea
sin que antes robe a la carnal presea
de vuestros labios el divino broche
de un beso, que, al morir, selle los míos
cuando se queden para siempre fríos!

CATA. ¡Oh, qué espantosa noche!
¡Tiemblo toda no más que de miraros,
lo mismo que una rama sacudida
de fiero vendaval! ¡Debí entregaros
y recobrar la calma de mi vida!
¿Por qué ser yo la víctima primera,
si fuisteis vos, primero, el pecador?
¿Así me lo pagáis? ¿De esta manera
correspondéis mi amor?
¿No podéis contener el pensamiento?
¡Oh, soledad terrible!

S. JOV. ¡Respetar! ¡Contenerme! ¡Otro imposible!
¡Amaros y morir en el tormento!

CATA. *(Separándose enérgica.)*
¡Pues dejadme rezar. La cruz enfrente,
y entre los dos aquí por testimonio,
ved que si os atrevéis, Dios no consiente
el triunfo de la carne y del demonio!
(Ante el pequeño oratorio
donde hay, temblona, una luz,
Catalina se arrodilla,
hace el signo de la cruz,
y comienza una plegaria
con mística devoción,
que Samuel, atento, escucha
presa de extraña emoción.)
Señor, que las rosas enciendes
y el liviano deseo nos prendes
del amor, en la llama carnal:
por aquella corona de espinas
que ciñera tus sienes divinas,
líbrame del pecado mortal.

Señor, que los mares serenas
y el girar de los astros ordenas
en celeste y azul procesión:
dale al mar de un espíritu calma,
y despeja de nubes un alma
con el soplo de la contrición.
(Mientras reza su oración,
igual que a una aparición
Catalina ve a Samuel
del espejo en el cristal,
como si rezase a él
su plegaria virginal.
Samuel se va aproximando
lentamente,
y ella, que le está mirando,
sugestionada se siente
como una Santa Teresa
que, al ver a Jesús enfrente,
quedase atónita y presa,
extasiada y sonriente.)
Líbrame de la carne y el mundo;
líbrame del abismo profundo
del que nadie ha salido jamás;
no se vea mi cuerpo manchado
por la lepra fatal del pecado
que a los hombres dejó Satanás.
¡Sálvame, que en mi pecho inocente
ha mordido la horrenda serpiente:
la serpiente engañosa del mal!
¡Sálvame, que me siento perdida!
¡Corta el hilo fugaz de mi vida!
¡Líbrame del pecado mortal!
(Para tras ella Samuel.
Ella levanta la frente,
y se confunde con él,
dócilmente,
en un beso milagroso
de amor liviano y carnal,
o de éxtasis amoroso
y celestial.

Y el telón baja prudente
como cortina nupcial.)

TELÓN

ACTO TERCERO

"Dolor."

DECORACION DEL ACTO TERCERO

Aposento en el piso más alto
de la misma morada del Greco,
como cuerpo saliente que avanza
dominando el paisaje y el huerto.
A la mano derecha, una puerta.
Otra puerta en el lado siniestro,
y en el foro, ventana corrida
—dividiendo la arcada en tres cuerpos—,
de vidriera emplomada, que deje
ver las torres y el campo a lo lejos.
El adorno, severo y sencillo.
Las paredes, de un tono discreto,
que, en lugar de palacio italiano,
más parezcan de noble convento.
De la triple ventana del foro
a un costado, cual tímido velo,
una clara cortina se pliega,
que es la gala de tal miradero.

Catalina, vestida de un tono
que parezca de luto, sin serlo,
junto al hueco del foro, sentada,
hace encajes al modo almagreño.
Y *Gregoria,* que atenta al hilado,
mueve el huso sin casi moverlo,
mientras sube el telón lentamente,
la contempla un instante en silencio.

CATA. No puedo más, Gregoria. Las randillas
se me van de las manos sin moverlas.

Esto no es vida, no. Morir prefiero,
y acabe esta agonía.

GREG. Si os oyera
el padre Fray Hortensio, estad segura
que os echara una buena penitencia,
pues gran pecado es desear la muerte.
Pero ¡cuánto dolor, señora y dueña,
cuánto pesar, escándalo y quebranto
nos trajo, ha ya tres meses la indiscreta
visita al orfebrero! ¡Ya es bastante!
¡Salgáis, señora, de tan gran tristeza!
Todo se ha de arreglar. Es imposible
que le deje morir la Providencia.

CATA. Que le deje morir no es lo más triste,
pues muriendo con él, feliz muriera.
Mas si permite que le den tormento,
que me le amarren con la horrible cuerda,
que le claven las cuñas espantosas,
o le aprieten la sien bajo la tuerca,
entonces dudaré, siendo cristiana,
¡hasta de la divina Providencia!

GREG. Jamás habéis querido referirme
todo lo que pasó la noche aquélla.

CATA. Calla, Gregoria, si el recuerdo sólo
es mi remordimiento y mi vergüenza.
Sola con él—¡ay!—, sola estuve,
sola estuve con él la noche entera.
—¿Por qué será liviano el pensamiento
que con lo más liviano se recrea,
y en recordar lo que es deleite y culpa,
sin poder evitarlo, se deleita?—
¡Sola estuve con él toda la noche!
¡Sola pasé con él la noche entera!
¡Y al alba, tú lo sabes, pues tú misma,
cuando mi padre y yo para la iglesia
salimos, le sacaste de la estancia,
ya para siempre impura y deshonesta!

GREG. Pero antes de salir, ¿no os dijo nada?
¿No os hizo ni aun el don de una promesa?

CATA. Sí me dijo. Me dijo que su vida
no le importaba ya. Que aunque muriera,

cumplido había, por fatal destino,
sobre este mundo su misión postrera.
Que era santo el amor que nos unía,
que no era aquel amor para esta tierra,
y que, por cima de la vida y muerte,
nos había de unir unión eterna.
Sí me dijo. Me dijo que debía
entregar a los jueces su inocencia,
para cumplir, aunque inocente siendo,
sereno como un mártir, la condena.
Que era cobarde huír, y más cobarde
con pretexto de amor que le escondiera,
y que la vida de su anciano padre,
por sus locuras en peligro puesta,
era más que su vida y su tormento
y más que nuestro amor y mi pureza.
Sí me dijo. Me dijo al preguntarle
qué hacía de mi honor: "Sufre y espera;
si existe el Dios al que rezar me has hecho,
a él entrego tu honor y mi existencia.
Si hay justicia en los cielos, que se cumpla.
Si es tu fe la verdad, que nos defienda,
y si salgo sin culpa del proceso,
seré tu esposo, y entretanto, espera."
Se fué. ¡Ya nunca más volveré a verle!

GREG. Con la ayuda de Dios, acaso vuelva.

CATA. Pero Dios ve el pecado y le castiga,
y el mío, ¡fué tan de carnal vergüenza!
Cuando mi confesor, el padre Hortensio,
que cuidándome fué desde pequeña
como una blanca flor el alma mía,
oyó mi confesión, dudó creerla;
cuando le dije que a mi pobre padre
mi deshonra y desdicha le dijera,
tal fué el dolor que se pintó en su rostro
como si el corazón se le partiera.
¡Hubiera preferido verme atada
a los rayos veloces de una rueda,
o a la crin de un caballo que, al galope,
arrastrase mi cuerpo entre las piedras!
¡Emparedada o enterrada viva!

¡Entre las llamas de la horrible hoguera!
No ser, no recordar, no pensar nada.
¡Sólo sentir indiferencia eterna!
No sufrir la tortura incomparable
de saber que le aguarda una condena.
El, si muere, por fin será dichoso.
Mas yo, ¿no he de morir? ¿Vivir me espera?
¿Para qué, para qué, si él ya no existe?
¡Ay, Gregoria, Gregoria, que esta pena
no pueden indultar inquisidores,
que inquisidor mayor es la conciencia!

GREG. ¿Qué dice vuestro padre? Silencioso
desde entonces está, y, a veces, queda
como una estatua. Sólo a Fray Hortensio
disculpa y agradece que se atreva
a turbar su silencio.

CATA. ¡Pobre padre!
De mi culpa tomó tan honda pena,
que, en vez de reprochármela, no supo
sino en mi frente sollozar por ella.

GREG. ¿Qué tenía de hacer, siendo tan bueno,
sino que perdonar a su cordera?

CATA. Yo le pedí me retirase a un claustro
para lavar con santidad su afrenta;
mas él me dijo: "No te vayas, hija.
Si no supe guardarte en tu inocencia,
¿para qué hacerlo ya? Queda conmigo
y alivia mi pesar con tu tristeza.
Si antes éramos dos para las risas,
justo es ser dos también para las penas."
Mas yo lo advierto: su pesar es tanto,
que, aunque en olvido aparentar, se esfuerza,
no lo olvida jamás. ¡Duro castigo
es no ser ya mi padre el mismo que era!

GREG. ¿Y Samuel?

CATA. Ni un mandato. Ni una carta.
¡Ni un suspiro siquiera!...
(Hay una breve pausa. Catalina,
apoyando su frente en la vidriera,
de ella se aparta al pronto, que en la calle
algo ha mirado que la pone inquieta.)

Pero dime, Gregoria, ¿qué es aquello
que levantando están en la plazuela?

GREG. Nada vi.

CATA. Mira, ven.

GREG. *(Mirando.)*
No sé, señora.
Serán las obras de la fuente nueva.
Mas parece tablado ferialero
o retablillo para hacer comedias.

CATA. No sé, Gregoria. El corazón me dice
cosas tan espantables y tan negras,
que igual de noche que a la luz del día,
sueño con el verdugo y con la hoguera.
¿No sientes los martillos? ¡Que los clavan
aquí, en mi misma carne, se dijera!
(Gregoria quiere disipar, alegre,
la sugestión extraña de su dueña,
y para que entre un sol de fin de marzo,
abre solícita la gentil vidriera.
Luego se asoma, y contemplando el huerto,
hace el elogio de la Primavera.)

GREG. ¡Déjese de temores, mi señora!
¡Los ojos baje a la olvidada huerta!
¡Los almendros están como nevados!
¡Ya empieza a despuntar la Primavera,
y es tiempo de esperar y de que el alma,
verde sonría, como las praderas!

CATA. *(Para sí.)*
¡Es tiempo de esperar!

GREG. *(Gozosa.)*
Mirad quién viene.

CATA. *(Asomándose.)*
¡La morisca infeliz!

GREG. Y ésa, ¿qué espera?
Vendrá con nuevas. La diré que suba.

CATA. ¿Y el maestro?

GREG. Salió.

CATA. Mira no venga.

GREG. Aún tardará en volver. Hasta las cuatro
no viene a que le pinte Su Eminencia
el Gran Inquisidor. Dijo que iba,

con Fray Hortensio, un rato hacia la Vega.
(En busca de Jarifa, la morisca,
sale Gregoria con gentil presteza.
Aterrada otra vez por los martillos
que en golpe seco llegan a la estancia,
con ímpetu y espanto de suplicio
cierra la hija del Greco la ventana.
Entra Jarifa, y Catalina acorre,
solicita, al encuentro de la esclava.)

CATA. ¡Mi fiel Jarifa! Desde el alba estuve
impaciente esperando tu venida.
¿Qué nuevas traes, que tu mudez me espanta?
¿Nada me dices hoy, mi fiel Jarifa?

JARIFA. Samuel, el Viejo, ha muerto. En la mazmorra
tal le hallaron ayer, que parecía,
más que muerto, dormido. Le llamaron,
pero no respondió. Dejó esta vida
como fuego sagrado que se extingue.
Le han enterrado cuando amanecía.

CATA. ¿Y lo sabe Samuel? ¿No se lo ocultan?

JARIFA. Cuando le he visto yo, ya lo sabía.

CATA. ¿Has visto tú a Samuel? ¿De qué manera?
Mira bien, que por verle te daría
el oro de mis cofres, mis armiños,
mis trajes de tisú y encajería,
mis mantos de brocado, mis aljófares
y mis joyas de rica pedrería.
¿Cómo le viste, dí? ¿Cómo alcanzaste
lo que ni una princesa alcanzaría?
¿Qué talismán te protegió la entrada,
y qué he de hacer para lograr la mía?

JARIFA. Ni el oro, ni el armiño, ni el brocado,
ni los diamantes, ni la aljofaría,
bastan para llegar adonde llega
el amor, que a la muerte desafía.
Fué un sacrificio horrible, pero hermoso,
ya que por él le vi. Me perseguía
Andrés, el fundidor, aquel cristiano
que trabajaba en nuestra orfebrería
y es padre del verdugo, y he saciado
la lujuria feroz que le mordía.

CATA. ¿Fuiste capaz, Jarifa?
JARIFA. ¿Qué, te asusta?
¡Este era el talismán que yo tenía!
¿No lo harías por él tú, que has estado
entre sus brazos a su amor rendida,
y has sentido sus besos en tu boca,
y has sentido en tu carne sus caricias?
¿No harías lo que yo, la humilde esclava
a quien, como al cristiano, la mordía
un deseo feroz, sin que la dieran
la limosna de amor que ella pedía?
Entonces, dí, ¿qué amor es ese tuyo?
¿Qué no haría por él una morisca,
si, como tú, de su señor, gozosa
que era dueña y señora se sabía?
¡Oh, cristiana cobarde!
CATA. ¡Calla, calla!
¡Yo también al verdugo me daría!
Mas si te habló Samuel, dí qué te dijo.
JARIFA. Las manos me apretó, que parecía
querer romperlas, y como a una hermana
las mojó con el llanto que vertía
por la muerte del padre. Luego, nada.
¡Sólo mi pobre corazón se oía!
Al fin me dijo, como el que habla a solas:
"Si, como tú, viniese Catalina,
aun en la tierra me quedara un punto
donde esperar y al que guiar mi vida.
Mas ella no vendrá." No más me dijo.
CATA. Hazle saber que iré, mi fiel Jarifa.
Busca al más repugnante carcelero,
al más sediento de la sed maldita,
y dile que una dama muy hermosa
le dará, como tú, lo que le pida.
JARIFA. ¡Todo es inútil ya!
CATA. No te comprendo.
JARIFA. ¡Todo es inútil ya!
CATA. ¿Por qué, Jarifa?
JARIFA. Porque dictaron la sentencia anoche,
y en esta tarde quedará cumplida.
CATA. ¡Entonces .. el retablo de comedias!...

JARIFA. ¿Qué retablo decís?
CATA. *(A la ventana.)*
Ven aquí, mira.
¡Entonces... el retablo es su cadalso!
(De un desvanecimiento cae transida
a los pies de la esclava, como muerta.)
JARIFA. ¡Eh, Gregoria! ¡Venid! ¡Venid aprisa!
GREG. *(Saliendo.)*
¿Qué sucede? ¡Señora! ¡Mi señora!
JARIFA. Acorredla. Cayó desvanecida.
GREG. ¿Qué viniste a decir? ¡Parece muerta!
JARIFA. ¡Más la valiera que volver en vida!
GREG. ¡Cuándo querrá acabar tanta desgracia!
¡Acórrela conmigo, fiel Jarifa!
(Privada de sentido, como palma
que ha tronchado una loca ventolina,
mora y cristiana con igual cuidado,
conducen a su lecho a Catalina.
Apenas con su carga milagrosa
se van mora y cristiana,
Fray Hortensio y Tristán, dialogando,
penetran en la estancia.)
HORT. Pena me da, don Luis, ver al maestro,
y más pena me da ver esta casa.
Todo es llanto y dolor, todo es silencio;
todo es desolación y todo causa
de esa manera de pintar que, ha poco,
ha tomado el maestro, tan extraña.
Parece que la luz es más siniestra;
que las figuras, a su vez, más largas;
que pinta un mundo de tormento y llanto,
y no personas, sino, más bien, almas.
LUIS. ¡Desdichado maestro! No merece
hija que tan a ciegas se desmanda.
HORT. Compadeceos de ella. Catalina
es sólo una infeliz enamorada.
LUIS. De un plebeyo judío.
HORT. De quien sea.
No en jerarquías el amor repara.
Habláis con un despecho que es impropio
del que es hidalgo por blasón de raza.

Ella cayó en la tentación, tan sólo
porque la tentación fué inesperada,
y a veces pienso que, la noche aquélla,
un sino fué de voluntad más alta.
¡Quién sabe si a los ojos infinitos,
esta flaqueza de mujer es santa,
porque redime al cristianismo a un justo
a quien habló el amor con voz tan clara
como la voz que, en el sermón divino,
predicaba el perdón en la montaña!
Ella me dijo que él rezó con ella
cuando en el horizonte aurirrosaba,
y a no ser porque empeños habéis puesto
en quien le ha de juzgar, se lo tomara
el Santo Tribunal como disculpa.

LUIS. Ya el Santo Tribunal no puede nada.
Ayer puso la firma a la sentencia
que hoy mismo ha de cumplirse en esta plaza.

HORT. Mientras quede un minuto, no desmayo
ni pierdo de salvarle la esperanza.
Sé a Dominico en natural empeño
de salvarle también. Con él se salvan
el honor de su hija, su alegría,
su fe, la inspiración que le guiaba,
y la felicidad—que ella lo es todo—
de la tan sin ventura enamorada.

LUIS. Sé que empeños ha puesto allá, en la Corte,
cerca del Rey Felipe, y que le engañan,
pues nadie quiere defender a herejes,
so pena de pasar por heresiarca.

HORT. Pues vos debierais defender al reo,
que, mal, con bien en la ocasión se paga,
y así quizás, el corazón herido
de vuestra en otro tiempo bien amada,
pudiera dar a vuestro amor un eco,
si no de amante, de risueña hermana.

LUIS. No entiendo santidad de sacrificios,
y sólo sé de amor o de venganza.

HORT. Pues del instinto a la merced, juguete,
cierto será que perderéis el alma.
Yo de mi parte cuanto pude he puesto

para impedir que la cordera blanca
pierda, con la sentencia que se cumpla,
en Dios y en mí la extrema confianza.
Por bien de Catalina y Dominico,
por la gloria de Dios que nos ampara,
fuerza es volver a los serenos cauces
la paz y el bienestar que aquí reinaban.
Y en fin, no se hable más. Si el Greco sabe
que habéis puesto influencias en la causa
para agravar del condenado culpas,
sé que os ha de perder lo que os amaba,
y antes de que al saberlo os lo reproche
y os prohiba venir por esta casa,
os digo que os vayáis, y que es prudente
no paséis de la puerta vuestra planta.

LUIS. ¿Me arrojáis, Fray Hortensio?

HORT. No os arrojo.
Y aunque lo hiciera, Dominico nada
me había de decir cuando supiera
el por qué os arrojé, si os arrojara.

LUIS. Bien está, Fray Hortensio; Dios os guarde.

HORT. El os libre de amor y de venganza,
ya que vos no entendéis de sacrificios.
(Vase don Luis, pero, al salir, le para Dominico, que vuelve y le pregunta:)

DOMI. ¿Adónde vais, don Luis?

LUIS. A mi morada.

DOMI. Esta la vuestra es.

LUIS. Yo tal creía.
Pero hay quien dice que en error estaba;
que, por el bien de todos los que quiero,
en ella estorba mi presencia honrada.
Y pues lo dice, quien seguro espera
le aprobéis cosa tal, por aprobada
la doy también, y ya en partir me tardo,
a mi maestro suplicando gracia
si, en tanto tiempo que a su lado estuve,
en algo le ofendí.
(Vase don Luis.)

DOMI. ¿También se marcha?
¡Todos, desde aquel día, me abandonan!

HORT. Son injustas conmigo esas palabras.
DOMI. Perdonadme también. Ya se va viendo
que a tal extremo los sucesos pasan,
que sólo hay perdonar por todas partes.
Mas el perdón, que todo lo aliviara,
ése no llega, como yo quisiere.
HORT. ¿Qué os ha dicho Gracián?
DOMI. Ni una esperanza.
HORT. ¿Y el Cardenal Tavera?
DOMI. Que tampoco.
Además del cristiano que declara
lo que todos sabemos, se le acusa
por un testigo, cuyo nombre callan,
tan caballero y tan de gran linaje
que no es posible disculparle en nada.
Mas decid, Fray Hortensio, ¿por qué ha sido
marcharse así don Luis? Yo le estimaba
en ausencia de Jorge, el hijo mío,
como a otro hijo. Su partir me extraña,
y me causa pesar y desconsuelo.
HORT. No os dé pesar por quien pesar os causa.
El testimonio de tan gran linaje
que así las culpas de Samuel agrava,
es el propio don Luis, que a Catalina
juró vengarse en lo que más amaba.
DOMI. ¡Luis Tristán! ¡Mi discípulo querido!
HORT. ¿Dudáis de mí?
DOMI. Pues lo decís, ya basta.
Que sois como yo mismo. Mas ¿qué viento
de miseria y de mal todo lo arrasa?
¿Es que el Apocalipsis se aproxima?
¿Es que ha sonado la postrer llamada?
¿Es que es el hombre lobo para el hombre?
¿Es que sólo es la muerte inmaculada?
¡Oh, sí, morir, morir! ¡La muerte es una
luz de otro mundo, amarillenta y cárdena,
que ilumina estas sombras, como el rayo
brilla vivaz en cerrazón sin agua!
HORT. ¡Mi pobre Dominico Theotocópuli!
Ya la entereza y el valor os faltan.
Pero no desmayéis. El mundo es polvo

y los hombres también. ¡Sólo las almas
son un destello transparente y puro
de la infinita luz de la esperanza
y a veces se amortiguan, y parece
que se van a extinguir, mas no se apagan,
que siempre llega un soplo inesperado
con su beso de amor, a reavivarlas.
(Como si fuera un alma, Catalina,
por el fraile invocada,
se aparece en la puerta, y lentamente,
sombra de amor, hacia los dos avanza.)

CATA. Sí, padre santo; de los altos cielos
destellos son las temblorosas almas;
pero también en el silencio mueren,
que son, también para apagarse, llamas.
¡Hace un instante se apagó la mía,
y ya soplo no habrá para avivarla!
(Se arroja en brazos de su padre y lloran
los dos unidos, con calladas lágrimas.)

DOMI. Mas ¿qué te pasa, tortolica, dime?
Perdiste la color. ¿Por qué estás pálida
como la cera de los cirios blancos
y como el mármol de las tumbas blancas?

CATA. Porque desvanecida, me acostaron
en el lecho ha un momento.

DOMI. ¿Tú privada
de sentido en el lecho, y yo, entretanto,
ajeno a tu dolor, me recreaba?
¿Veis, Fray Hortensio? ¡Si la duda es poco!
¿Quién no pierde la fe?

HORT. ¡Hermano, basta!
Estáis a punto de pecar. Os dejo.
Que se os conforte en soledad el ánima.
Mi presencia os estorba. Vuelvo luego.
Sin testigos hablad, que las palabras,
como la lluvia de la nube oscura,
la cerrazón del horizonte aclaran.
Yo, mientras tanto, me saldré al encuentro
de don Fernando Niño de Guevara,
para que deis comienzo a su retrato
y ver si os trae, con su visita, calma.

(Fray Hortensio se marcha lentamente y hay una corta y silenciosa pausa.)

DOMI. Llora en mis brazos, hija. Llora y dime
qué congoja y qué susto te sacuden.

CATA. ¿Y vos lo preguntáis? Que la morisca
me lo dijo ya todo. No hubo gracia
para mi esposo, padre.

DOMI. ¿Quién, tu esposo?

CATA. ¿Quién ha de ser? Samuel. Aunque los hombres
nos separen así, cobardemente,
él es mi esposo, en tu conciencia justa,
y en la mía, y en Dios, y en la de todos.
Tan breve fué su amor como un relámpago,
pero, como él, tan cegadora ha sido
su luz, que me ilumina para siempre.
Le quiero, padre mío. En mí no hay vida
si le quitan la suya, que es quitársela
arrancármela a mí. Le quiero, padre.

DOMI. ¿Tanta es, hija, la fuerza que os enlaza?
¿No puedes renunciarle? ¿No decías
que en un convento al retirarte, acaso
tu dolor de mujer se calmaría?
Quizá yo no hice bien. Debí dejarte,
cuando quisiste, retirarte a un claustro.
Mas visto que a mi lado no sosiegas,
y que sólo la celda y el Divino
con su contemplación podrán curarte,
dispón, si quieres, lo que más precise,
y en las Clarisas entrarás hoy mismo.
Si así te pierdo y a mis solas quedo
entregado al dolor y a la tristeza,
tú, al menos, calmarás tus amarguras.
¡Ea, no se hable más, serás clarisa!

CATA. No, padre mío; ya tampoco puede
aliviar mis pesares el convento.

DOMI. ¿Y eso, por qué?

CATA. ¿Por qué? ¡Vergüenza, padre!
No me miréis así, que no me atrevo.
Mirad para otro lado y perdonadme.
¡Porque me siento en las entrañas eso
que causa gozo a la que va a ser madre!

DOMI. ¿Eso dices, cordera? ¿Un hijo, dices?
¡Puesto que Dios lo manda, bien venido
sea el que lleva de la sangre mía!
No llores más, cordera, si los cielos
te lo dan por consuelo.

CATA. ¡Padre, padre!
¿Y queréis que no llore? ¡Esa alegría
bien estuviera si alegrar pudiese
al que, lejos de aquí, gime entre hierros!
¿Pero es posible que digáis, no llores?
Venid, venid aquí.
(Siempre en su mente
la imagen del cadalso que levantan,
le lleva, como a todos, a que vea
el tinglado fatal.)
¿Veis lo que es eso?
¿Y aún queréis que no llore? En mis entrañas
siento una vida que a nacer se apresta,
y ésa es la entraña de muerte, donde
quien vida dió a la vida de mi hijo,
ha de entregar la suya deshonrado.
¿Y aún queréis que no llore y que un convento
borre tragedia tal? ¿Pero es posible
que creáis al olvido tan cobarde
y tan cruel, tan egoísta y ciego,
que se pueda olvidar, con sólo el paso
del tiempo y del dolor, de cosas tales
que ni la eternidad apagaría?
¿Eso es lo que decís? ¿Eso tan sólo
lo que podéis hacer para evitarlo?
¿Y aún queréis que no llore, padre mío?

DOMI. Cierto, hija mía, que por más que llores
jamás habrás llorado lo bastante.
Pero escúchame bien. A veces, cuando
está todo perdido y no nos queda
ni una esperanza, Dios, que no se agota,
nos acorre con un providencial,
y, al parecer, tan leve salvamento,
que todo acaba como el hombre justo
merece que se acabe. Tú has pecado,
pero tu culpa se lavó con lágrimas,

y quién sabe si Aquel que nos vigila,
hasta el último instante nos apura,
para que, así, apuremos nuestro cáliz.
Mas ya lavaste tus pecados, hija,
y justo es que tus lágrimas acaben.
Hay que esperar en El. Conmigo espera.
Hoy, por primera vez, viene a esta casa,
para que le retrate, don Fernando
Niño Guevara, el virtuoso y justo
Inquisidor Mayor del Rey Felipe.
Yo le hablaré por ti. Mas tú, recuerda
que a los pies de Jesús arrodillada,
la Magdalena redimió sus culpas,
y que ni tú has pecado como ella,
ni este santo varón, siéndolo tanto,
se ha de poner junto a Jesús de ejemplo.
¡Quién sabe si tus lágrimas sinceras
le podrán conmover, y lo que injustos
tribunales fallaron en su fuero,
lo perdone la gracia, conmovida
por la voz de quien, pobre enamorada,
manchó su carne, mas el blanco armiño
de su alma libró de toda huella!
Y ahora, sosiégate. Ten fortaleza
para pedir a Dios que te ilumine.
Están al dar las cuatro, y ya a esta casa
seguramente Su Eminencia viene.
Límpiate el llanto. En oración espera,
y ten valor para pedirle gracia.
Anda, hija mía, ven. Entra conmigo.
¡No llores más, cordera, que me matas!
(Más traspasado de dolor el padre
que la hija a quien guía, se la lleva,
como para librarla de los lobos
llevaría un pastor a su cordera.)
(Sale Gregoria huyendo a la morisca,
que la sigue en silencio a todas partes.)

GREG. ¡Que me dejes, morisca, que con tanto
sentimiento y pesar tengo bastante!
¡Todo en la casa está patas arriba!
¡Que te vayas te digo!

JARIFA. Y yo que calles.

GREG. El Gran Inquisidor casi en la puerta,
y tú aquí. ¡Compromiso semejante!
¡Una mora en la casa! ¿Qué diría?
Catalina llorando sus afanes
por un mozo judío, y su criada
escondiendo, en mansión de tal linaje,
a una mora. ¡Que no! ¿Qué casa es ésta?,
monseñor se dijera, si lo sabe.
¡Esto es una Babel de religiones!
¡Que no, que no, que no! ¡No quiero hallarme
igual que un pollo en la parrilla puesta,
ni que echen humo mis rosadas carnes,
cuando el verdugo, borrachón y alegre,
atice el fuego y satisfecho cante!

JARIFA. Puedes decir lo que mejor te plazca,
pero yo no me voy aunque me maten.

GREG. No acierto a comprender por qué ese empeño
en quedarte en la casa. ¿Es que a la tarde
quieres ver desde aquí cuando le suban?

JARIFA. ¡No lo mientes, mujer! He de quedarme,
y no te importa para qué. Si quieres
me estaré en la panera, donde nadie
me pueda ver. Pero a la rastra sólo
podrán sacarme.

Llama, si quieres, a los alguaciles,
descúbreme, si quieres, a tus amos,
pues nada soy, y como a nada temo,
no me he de ir. Te seguiré los pasos,
y si alguien viene que esquivar importe,
me ocultarás tú misma. Ahora me callo
y no esperes que añada una palabra.

GREG. ¿Vas a llorar también?

JARIFA. ¡Ya se han secado
mis lágrimas! ¡Lloré sólo una noche,
cuando supe a mi dueño enamorado!
¡Donde entonces las fuentes de mis ojos
agotadas están para mi llanto!
¡La herida es aquí dentro, donde nadie
sepa que está mi corazón sangrando!

GREG. ¡Todas la misma historia! ¡Dios me libre
de enamorarme así!
JARIFA. ¿Tú no has amado?
GREG. Si amar es retozar, he retozado,
que el amor, como el vino, es cosa buena
para beber, así, de vez en cuando;
pero ponerme al pico un jarro lleno
y beber sin parar, hasta acabarlo,
más que a gusto beber, eso es ahogarse.
(Aparte.)
¡Ay si me dieran a apurar un jarro!
(Alto.)
Ven y te esconderé. Mas no es posible,
que alguien se acerca ya por este lado.
(Mira hacia el interior, y vuelve a escena alarmada de ver quién ha llegado.)
¡Si es don Fernando Niño de Guevara!
¡Por Dios, que no te vea don Fernando!
Entra en ese aposento y no me pierdas.
(Vase Gregoria. Del corpiño blanco un pequeño puñal saca la mora.)
JARIFA. ¡Oh, puñal justiciero que en mi mano
esperas castigar! ¿A quién castigas?
¡Si ella, cobarde, por su honor callando,
no implora su perdón, clávate en ella!
¡Y si el severo inquisidor lo es tanto
que niega perdonar lo que es justicia,
Samuel, por esta cruz, será vengado!
(Jura sobre la cruz del puñalete,
y, apenas en la estancia ha penetrado,
acompañado de cortejo ilustre
entra en escena Monseñor Fernando
Niño Guevara. Viste su birrete
y el traje aquel que luce en el retrato
que le pintó, en Toledo, Theotocópuli,
y en que aparece en su sillón sentado.
Espejuelos también, de rica concha,
y el bondadoso rostro rematado
por barba puntiaguda. En su prestancia
algo habrá de severo y de mundano.
Le siguen Dominico y Fray Hortensio.

Ludovico Palermo deja el paso,
galante, a Catalina y a Gregoria,
y entra a la vez con pajes y prelados.
Todo el cortejo el aposento llena.
Catalina, medrosa, estáse a un lado.)

DOMI. ¡Cuán honra, Monseñor, vuestra visita
la triste soledad de nuestra casa!

INQUI. Me complace venir, amigo mío.
Fray Hortensio me dijo me esperabais.
¡Buen Fray Hortensio, de la Iglesia orgullo!

HORT. ¡Me alabáis, Monseñor!

INQUI. No es alabanza.
Y vos, Palermo, aunque mundano y joven,
sois un buen feligrés.

LUDO. La fe me salva.

INQUI. En cuanto a mi dilecto Dominico,
es, más que un feligrés, un camarada.
Y a punto: en este viaje he departido
con Su Real Majestad, allá, en las salas
de El Escorial. El Rey está orgulloso
de una tela, por vos recién pintada,
sobre el sueño que él tuvo de la Gloria.
La Gloria está muy bien imaginada.
Dice que interpretasteis su deseo.

DOMI. ¡El Rey me colma de infinitas gracias!

INQUI. Pues si dispuesto estáis, demos comienzo
a mi retrato.

DOMI. Monseñor me manda.

INQUI. *(A los pajes.)*
Se pueden retirar vuestras mercedes.
Vuelvan después, cuando la tarde caiga;
que yo me quedo en la mansión del Arte,
puro solaz que me permito al alma.
(Los pajes se retiran en silencio,
y Catalina hacia el prelado avanza.)

CATA. Eminencia.

INQUI. Llegad.
(Catalina le besa el anillo.)
¿Es vuestra hija?

DOMI. ¡Y espejo en que orgulloso me miraba!

CATA. ¡Padre mío! ¡Señor!

DOMI. *(Apartándola.)*
Basta, hija, mía.
INQUI. Después hemos de hablar; mas, ahora, basta.
(A Fray Hortensio.)
¿Es ésta, Fray Hortensio, quien decíais?
HORT. Ésta es.
INQUI. Pues, tan sólo con mirarla,
me ganó el corazón.
HORT. ¡Dios os lo pague!
GREG. Permitidme, señor, que, arrodillada,
os bese en el anillo: ¡soy Gregoria!
INQUI. Besad cuanto queráis.
GREG. ¡Oh, gracias, gracias!
Que Dios le colme de mercedes tales
¡que llegue a ser hasta de Roma el Papa!
INQUI. No es mi sabiduría para tanto.
En fin, dejadnos solos. Todos salgan,
menos vos, Catalina, Dominico
y Fray Hortensio, que es como de casa.
Perdonad, Ludovico. Ello es de prisa
y caso de conciencia.
LUDO. Mientras hablan
buscaré a Luis Tristán.
HORT. ¡Iluminadle;
que bien precisa le alumbréis el alma!
(Sale Gregoria tras los familiares,
y Palermo después, humildemente.
Guevara toma asiento y reproduce
la misma posición, los mismos pliegues,
con que está en el retrato que se cita,
en que majestuoso se aparece.
El Greco hace intención de arrodillarse,
pero el inquisidor no lo consiente.)
DOMI. ¡Monseñor!
INQUI. No te humilles, Dominico.
Alza. Tu frente es limpia. Fray Hortensio
me lo ha contado todo. El caso es grave
y la sentencia firme, y ha incurrido
en lesa majestad. Temo no pueda
hacer nada por él. Pero entretanto,
se acerque vuestra hija. Quiero oírla

para juzgar su parte en esta causa.
(Discretos, Fray Hortensio y Dominico
se retiran a un lado. Catalina
se acerca temblorosa y demudada.)
Acercaos aquí. No tengáis miedo
de mi severidad. Ya me han contado
vuestro amor desgraciado y vuestra culpa;
y aunque también reconocer debemos
que el Santo Tribunal, siempre que falla
lo hace en sabiduría y en conciencia,
queremos escuchar de vuestros labios
la propia confesión. En este juicio
tenéis el tribunal más indulgente
de cuantos a escuchar se dispusieran.
Uno es tu confesor, otro es tu padre,
y en medio de ellos la piedad divina
representada en mí. Todo te abona
y está dispuesto, nunca a la injusticia,
pero siempre a la gracia... ¿Tiemblas? Calma
tu pobre corazón. Somos tres hombres
que te queremos, cada cual de un modo,
pero sinceramente... Vamos, habla,
y ten serenidad, que Dios te escucha.
(Catalina, a los pies de don Fernando,
se postra, humildemente conmovida...
Y desciende el telón, pausadamente,
dejando la tragedia suspendida.)

TELÓN

ACTO CUARTO

"Eucaristía."

DECORACION DEL ACTO CUARTO

El jardín de la casa del Greco,
una alegre mañana de estío
en que el sol ha dorado la Vega
y al espejo se mira en el río.

Se alza a un lado la casa. Una tapia
y una puerta de verja en el foro
que da vista a una calle y al campo.
El risueño jardín todo es oro.
La mañana es de junio, y las flores
a la luz estival sensitivas,
se encaraman por rejas y muros,
en sus tonos vivaces, esquivas.
En un amplio tablar, apretadas,
y en un alto macizo, fragantes,
dan al cuadro la policromía
de una huerta andaluza.
Distantes,
al alzarse el telón, lentamente,
se oyen ecos de cien campaniles.
¡Es que cantan alegres las torres
sobre el humo de los fogariles!

Fray Hortensio aparece leyendo
como en una abadía un abad;
y *Gregoria* trajina, avivada
por el sol y por su mocedad.

GREG. ¿Os interrumpo, padre?
HORT. No, Gregoria.
Leía un libro de Tomás de Aquino,
donde enseña el camino
recto y seguro de ganar la gloria.
GREG. Puesto que lo decís, será cristiano;
pero han dado en decir que esos librotes
que siempre tiene Fray Hortensio a mano,
aunque estén en latín, son herejotes.
HORT. ¡Que no me quiere bien la clerecía!
GREG. ¿Dijisteis misa ya?
HORT. La de la aurora.
GREG. ¡Bien relucido se presenta el día!
HORT. Como se lo merece tu señora.
GREG. ¿Hoy le dan libertad a su converso?
HORT. Hoy, por ser Corpus. Tan solemne fiesta
muestra su omnipotencia al universo
en conversión tan ejemplar como esta.

El Gran Inquisidor tal ha previsto,
y lo ha previsto bien, pues de este modo,
alabando el converso a Jesucristo,
dará un ejemplo al universo todo.

GREG. Mas, si no es indiscreto, ¿qué razones
le dijo Catalina a don Fernando
para moverle a este perdón, saltando
por cima de sentencias y pregones?

HORT. Dejar que hablase el corazón; y siendo
el de tu dueña como el cielo puro,
la luz de la verdad fué esclareciendo
lo que hasta entonces se mostraba oscuro.
Mas por nada saltó, como la gente
ha dado en maliciar. Sólo por eso
fué preciso esperar, pacientemente,
hasta que revisaron el proceso.
Lo que hizo en aquel día Su Eminencia,
como por una inspiración divina,
fué suspender, oyendo a Catalina,
la ejecución de la fatal sentencia.
Se revisó la causa como él dijo:
"Con rectitud ecuánime y serena
y teniendo a la vista un Crucifijo
para la absolución o la condena."
Ya ves el resultado. Es inocente,
y hoy, con su libertad, vuelve a esta casa
lo que el amor arrebató imprudente.

GREG. ¡Milagro se dijera lo que pasa!
Aquí están mis señores.

HORT. Catalina
se remozó tan bien, que más parece
rosa de aquel rosal que se la inclina
y trepador sobre las rejas crece.
*(Entran El Grego y su hija
con el breviario en la mano
y en la faz una sonrisa.)*
¿Adónde sus mercedes de mañana?

CATA. De misa y comulgar.

HORT. Bien comulgado;
que así agradece gratitud cristiana
a lo que se ha obligado.

DOMI. El cielo está sereno como en Creta.
Pica el sol.
CATA. Es que junio se aproxima.
HORT. Y con junio el amor que nos inquieta
y que hasta al pobre escarabajo anima.
¿No es cierto lo que digo?
CATA. Se supone.
Al menos yo lo siento ardientemente,
y ahora que mi Samuel es inocente
y además se dispone
cristiano a ser, mi corazón le aguarda
con impaciencia tal, que no me acierto.
¡Si me parece que en venir ya tarda
y que por él se ha engalanado el huerto!
HORT. ¿Y no os vestís de fiesta?
CATA. Sí, de fiesta
por dentro me vestí. De fiesta el alma.
Mas lo exterior, con sencillez. No es esta
hora de ostentación, sino de calma.
(Cortando al pasar una flor
se va Catalina como un ruiseñor
que mueve sus alas en dulce mover.
¡Flor y ruiseñor es esta mujer!)
(Los dos amigos, departiendo amables,
se sientan en el poyo de la puerta,
frente a la transparencia luminosa
del sol sobre la huerta.)
HORT. ¿Aún no os halláis contento?
DOMI. Injusto fuera,
cuando pasó el nubarro y brilla el cielo
con nuevo resplandor, no hallar consuelo
en la tan codiciada primavera.
Mas ¿no es justo también sentir la herida
—en mi tristeza y mi dolor callado—
de verme en su cariño portergado
a segundo lugar, y que otra vida
embebece su amor, como la arena
del ardiente desierto?
¡Para el amor de Catalina he muerto,
y aunque ello es ley fatal, me causa pena!
HORT. Pensad tan sólo en que a los grandes duelos

goces hay que oponer proporcionados,
y en que sabéis, al fin, bien empleados
tan amargos desvelos.
Y, por cierto, os diré que os ha salido
el Gran Inquisidor, Niño Guevara,
con un tan sorprendente parecido,
que jamás otro vi que se igualara.

DOMI. Quizás tengáis razón. No era mi mano
quien guiaba el pincel tan firmemente.

HORT. ¿Pues quién, entonces, Dominico hermano?

DOMI. La gratitud de un corazón ferviente.
Tan rara inspiración me iluminaba,
que celestial revelación la creo.
¡Quién sabe si un arcángel me guiaba
para dar realidad a mi deseo!
*(Aparecen tras los hierros
de la puerta del jardín,
Ludovico, el veneciano,
y el arrogante don Luis.)*

LUIS. ¿Nos da licencia el maestro?

DOMI. ¿Quién se la pide?

LUIS. Don Luis.

DOMI. ¿Y para qué la pedís,
si todo en mi casa es vuestro?

LUIS. Pues alabado sea Dios,
y entrad, Palermo, conmigo,
que donde cabe un amigo,
dice el refrán, caben dos.
*(Corre don Luis a los brazos
de su maestro, y se abrazan.
El Greco, por un instante,
no puede ocultar sus lágrimas.)*
¡Maestro!

DOMI. ¡Tristán!

LUIS. ¿Qué os pasa?
¿Lloráis?

DOMI. Como una mujer.

HORT. Llora de alegría, al ver
que al fin volvéis a su casa.
Que no os vería jamás
tristemente suponía,

y en un viejo una alegría
es una lágrima más.

LUDO. Pues ya le tenéis aquí,
curado de sus errores.

HORT. Gracias, Palermo.

LUIS. Señores,
confieso que delinquí;
pero estoy arrepentido.

DOMI. No se hable más. Ya sois nuestro
para siempre.

LUIS. No, maestro.
A despedirme he venido.

DOMI. ¿Os vais?

LUIS. Me voy con Palermo,
que para Italia se parte,
por si la amistad y el arte
curan mi espíritu enfermo.
Como los hidalgos van,
por olvidar, a la guerra,
con mi amor dejo esta tierra
por Florencia y por Milán;
que tengo un pincel vibrante
para saciar mi inquietud,
y tengo mi juventud
para ir el mundo adelante.
Y si aquí queda enterrada
mi adolescencia ilusoria,
daré a mi pincel la gloria
como el hidalgo a su espada.

DOMI. Pues que la suerte os asista
para encauzar el talento.
Si por el hombre lo siento,
me place por el artista.
Y vos, señor italiano,
¿tan aprisa nos dejáis?
¿Tan a disgusto os halláis
en el solar castellano?

LUDO. Tanto, que marcharme de él
es el disgusto mayor;
pero ya es tiempo, señor,
se haga a la mar mi bajel.

Más de un mes ha que, por mí,
espera anclado en Valencia.
y que volver a Florencia
de mi embajada debí.
Para ver la catedral
sólo a esta fiesta me quedo,
que tiene, en Corpus, Toledo
un fausto pontifical.
Las calles han entoldado
con palios de terciopelo,
y está de flores el suelo,
más que cubierto, alfombrado.
En las floridas ventanas
las colgaduras ondean,
y en los mástiles flamean
las banderas castellanas.
No hay casona sin guirnalda
ni hay palacio sin pendón,
y es la pluma, en el airón,
mitad roja y mitad gualda.
En todo el Zocodover
no se podría posar
paloma que, a descansar,
viniese al suelo a caer.
La multitud, tan espesa;
el sol, tan vivo y ardiente;
el rumor de tanta gente,
y el atambor, que no cesa;
el arnés del caballero,
que brilla como el cristal;
la mula del escudero
y el asno del menestral;
el mercado, los pregones,
las vendedoras hebreas,
las damas que, en hacaneas,
pasan con sus rodrigones;
la doncella al miradero,
la dueña en el ajimez,
y la procaz embriaguez
del soldado forastero;
el ruido de las campanas

que no paran de tocar;
las picas, las partesanas,
que relucen al pasar;
y tan confuso clamor
y tanto brillo de trajes,
tanto cortejo de pajes
y tanta luz y color;
sólo en Italia y aquí
pude verlos, y en verdad
que merece esta ciudad
ser vista en un día así.
Yo, que las he visto, puedo
decir, honrando a las dos,
que para alabar a Dios,
después de Roma, Toledo.
(Al acabar Ludovico
su ardiente peroración,
entra Catalina y queda
suspensa. Su aparición
rompe el círculo en que están.
Adelanta el paso, y besa
su mano, humilde, Tristán.)

CATA. Padre, deciros quería...
¿Vos aquí?

LUIS. Perdón, señora,
si turbo vuestra alegría,
que no es justo en este día
se nuble, al lucir, la aurora.
Vengo a deciros que salgo
para Italia, y que si ciego
pude ofenderos en algo,
como amigo y como hidalgo
me lo perdonéis os ruego.
De que me amaseis un día
me hice un día la ilusión.
¡Pobre de mí! ¡No sabía
que otro día llegaría
en que os pidiera perdón!
Comprendí que es delirar
querer, sin amor, querer,
y con amor olvidar;

y que es en vano luchar
para el destino torcer.
Y, pues pequé por amor,
tan sólo os quiero pedir
que no me guardéis rencor;
quitadme, si no el dolor,
la enemistad, al partir.
Si la distancia es olvido,
lejos voy para olvidar.
Catalina, sólo os pido
recordéis lo que he sufrido
cuando os deis a recordar.

CATA. Yo os lo prometo, don Luis.
Que aunque sufrir me habéis hecho,
bien sabéis lo que pedís,
pues el rencor que decís
no cabría en este pecho.
La fortuna le proteja,
que si un amante se pierde,
por la que don Luis aqueja,
aquí una hermana se deja
que de don Luis se recuerde.

LUIS. Gracias os doy, Catalina.

CATA. ¿También Palermo se va?

LUDO. Y a vuestras plantas se inclina,
que de una perla tan fina
tampoco se olvidará.
Recuerdo llevo de España
por su sol y sus mujeres,
pues si su sol no se empaña,
la hermosura se acompaña
de virtud en los deberes.

CATA. Me place juzguéis así;
mas de mí, falso sería.
Y ahora, perdonadme si
distraigo al maestro y
le digo a lo que venía.
Yo os quisiera decir, padre, una cosa.

HORT. No lo habéis de negar, que un día es este
de concederlo todo.

DOMI. ¿Y qué deseas?

CATA. La morisca ha venido.
DOMI. ¿Y qué?
CATA. Que espera.
DOMI. Mas ¿qué espera, mujer? Acaba pronto.
CATA. Sabéis que estaba con Samuel, sirviéndole
y llevando el manejo de su casa,
y sabéis que, al prenderle, cuando fueron
a sellarle la tienda, le dejaron
sin hogar y sin pan. Así ha vivido
todo este tiempo atrás, de mis socorros
y vuestra caridad. Mas, hoy, quisiera...
DOMI. Pero, en fin, ¿qué quisiera? ¿Es que es tan [grave?
CATA. Como es morisca.
DOMI. Dí.
CATA. Que entrase en casa
para serviros ella con Gregoria.
El taller se cerró, y hasta que pueda
Samuel abrir de nuevo y nos casemos,
que se esté aquí Jarifa.
DOMI. ¿Y si Gregoria
se te enoja al saberlo?
CATA. Si ella misma
fué para apiadarse la primera.
DOMI. Bien. Que se quede entonces.
CATA. Gracias, padre.
(Catalina saluda y se retira.)
DOMI. Ya vais viendo, señores, de qué modo
mi postrer soledad va preparando.
Me veo solo con Gregoria y esa
morisca que me traen. ¿No es cosa clara?
HORT. Pero si han de casar dentro de poco...
DOMI. Que casen bien; pero ¡marcharse!...
LUIS. Es justo,
que el amor quiere un nido solitario.
Me dijeron, maestro, que pintaseis,
en mi ausencia, un retrato de Guevara
que causa maravilla. Quiero verlo.
DOMI. Pues entren mis amigos y lo vean.
(Entra con todos a la casa El Greco,
y apenas han entrado, con Jarifa,

por detrás de la casa, vuelve a escena Catalina, que viene a coger flores; ambas con jarras de florida loza.)

CATA. Ven conmigo, Jarifa, y pongamos
en las jarras brazados de flor;
ven y corta sin miedo, que aún sobran
para echar a los pies del Señor
y de rosas cubrir la Custodia
que pasa en las andas de la procesión.
¿No te alegras, Jarifa, de verlas?
¿No te ciega su vivo color?
¡Hoy es día de gracia en la tierra
y de gloria en nuestro corazón,
que hoy darán libertad al cautivo,
y alegre le espera cantando mi amor!
Si por él florecieron los guindos
y la blanca azucena brotó;
si por él los rosales abrieron,
jubilosos, su fresco botón,
¿cómo tú, que por él te morías,
no cantas ni ríes, como ellos y yo?

JARIFA. ¡Porque yo nada espero, señora!
¡Porque no es para mí su perdón
esperanza de dichas futuras,
realidad de placer y de amor,
ni siquiera consuelo de hermano,
que yo soy su esclava y él es mi señor!

CATA. ¿No te acuerdas de aquella promesa
en que, unidas del mismo temor,
prometimos las dos consagrarnos
a velar por su vida las dos?

JARIFA. Pero entonces se hallaba en peligro,
¿y qué me importa mi propio dolor?
Hoy la vida le vuelve a la vida,
y el amor le devuelve el amor,
y hoy ya sé que es dichoso y que nada
necesita de mí.

CATA. ¿Por qué no?
Fuera ingrato olvidar sacrificios.

JARIFA. ¡De todo se olvida quien se enamoró!
¡Vos debéis recibirle gozosa,

que él gozoso vendrá para vos,
y esperarle con ramos de flores,
risueña la cara y alegre la voz;
mas, dejadme sí, triste, no puedo
cantar, como entonces, la misma canción!
(Catalina y Jarifa quedan calladas,
y en la pausa, de flores llenan las jarras.
Se oyen voces amigas tras de la tapia,
más distintas, al tiempo que se adelantan.
Es Samuel que ya vuelve, la vida salva,
con los buenos orfebres que le acompañan.)

ABRAH. *(Dentro.)*
Por que no salieras solo
de la prisión, a buscarte
fuimos tus viejos amigos
y orfebres.

S. JOV. *(Dentro.)*
¡Dios os lo pague!
¡Hubiera sido muy triste,
al salir, no ver a nadie!
(Catalina, que le oye,
si desvaría no sabe.)

CATA. Juraría que es su voz.

JARIFA. Y no os engañéis: miradle.
(Ante la verja, aparecen
Samuel y los menestrales.)

CATA. ¿Quién viene con él?

JARIFA. Dos buenos
amigos.

S. JOV. Y ahora, dejadme.
Justo es calmar la impaciencia
de la que estará esperándome.
(Ella, que corre a la reja
de tan amorosa cárcel,
le llama, y él la responde
rápido, al verla asomarse.
Y como temiendo que
para ello tiempo les falte,
mano con mano se estrechan
entre los hierros. No saben
qué han de hacer los orfebreros.

Samuel les dice se marchen,
mas, Catalina, lo impide,
y les obliga a que pasen
para darles de beber
y que su dicha acompañen.)

CATA. ¡Samuel!

S. JOV. ¡Catalina! ¡Al fin!
¡Alivio de mis pesares!
(A los orfebres.)
Gracias, amigos, y adiós.

ABRAH. Adiós, Samuel, Dios te guarde.

CATA. No se vayan, que esta casa
también es la suya.
(Pronta
las grandes hojas les abre,
y todos penetran.)
Pasen
y tomarán un refresco.
Si son amigos leales
de Samuel ya lo son míos.

ABRAH. Señora.

JOB. Señora.

CATA. Baste.
Tú, Jarifa, vé con ellos.
De lo mejor que haya, dadles,
y que celebren el día
como honrados menestrales.

ABRAH. Que Dios, con creces, señora,
lo que sufristeis os pague.
(En los brazos de Samuel
cae Catalina. Al marcharse
en pos de los orfebreros,
los ve Jarifa abrazándose,
y dice humilde esta queja,
postrera de sus pesares:)

JARIFA. Entrad por aquí. ¡Me ha visto
y no se ha acercado a hablarme!
¡Para qué quiero vivir,
si así verlos, es matarme!
(Quedan solos Catalina
y Samuel. Ninguno sabe

con qué mayores caricias
calme amor sus ansiedades.)
S. JOV. ¿Me viste venir?
CATA. Te oí
aun antes de que llegases.
S. JOV. ¿Y estás contenta?
CATA. ¿No ves?
¿Y tú?
S. JOV. Si no se nublase
mi alegría en este luto,
¿quién a estarlo me ganare?
(Esto dice porque viene
con luto en calzas y traje.)
CATA. ¿Sufriste mucho?
S. JOV. Sufrí.
Mas de todos mis pesares,
ninguno como el pesar
de tu olvido.
CATA. ¡Yo, olvidarte!
S. JOV. Tan sólo desde aquel día
en que vinieron a darme
la nueva de que el proceso
mandaban se revisase,
se dulcificó tu ausencia
con tus cartas. Me iniciaste
en la sublime esperanza
de tu religión y nadie
ni nada en la tierra pudo
cual tus palabras ganarme.
Si los milagros existen,
¿dónde un milagro más grande?
Todo lo juzgué perdido
cuando supe que mi padre
había muerto. Fortuna,
honor, libertad y arte,
¿a qué afanarme por ellos
amor e ilusión faltándome?
Y me dispuse a morir
como si fuera culpable.
Mas, después de aquel silencio,
mi fiel esposa llamándote,

vinieron aquellas cartas,
tan tiernas y tan amantes,
tan castas y tan ardientes,
tan de esposa y tan de madre,
y aquel anunciarme un hijo
"que se parezca a su padre",
como si, perdido el mío,
en él se perpetuase;
y aquella fe de aldeana
tan salvadora y tan grande.
Todo decir parecía:
"Samuel, morir es cobarde.
Vive y lucha, que aún te queda
quien te anime y te acompañe.
Ante ti se abre una vida
tan, hasta ahora, distante,
que más que volver a ella
se diría que renaces."
Y en esta fe castellana,
de sencillos ideales,
vida que el dolor torcía,
amor la volvió a su cauce.
Quiero ser tuyo y cual tú;
que nada ya nos separe;
lo que tú creas, creer,
y pensar lo que pensares.
¡Es tan dulce que nos guíe
el amor, mundo adelante!
¡Blanca será nuestra vida
como los caminos reales,
como las pieles de armiño
con que al verte aquella tarde
conocí que era tu alma
blanca perla de los mares!
¡Que a la Dama del Armiño
no hay deshonor que la manche!
(A grandes voces clamando,
temblorosa y demudada,
pidiendo auxilio, Gregoria
sale al jardín, de la casa.)

GREG. ¡Mi señor! ¡Mi señora!

CATA. ¿Qué sucede?
GREG. ¡Ay, Jesús, mi señora, qué desgracia!
CATA. ¿Otra desgracia, dices?
GREG. ¡La morisca!
S. JOV. ¿Jarifa?
GREG. Sí. Señor, vos sois la causa.
S. JOV. ¿Yo la causa, de qué?
GREG. Vos. De su muerte.
CATA. ¿De su muerte? ¿Qué dices? Vamos, habla.
GREG. Mas dejen un respiro. ¡Ay, qué desdicha!
S. JOV. ¿Pero qué sucedió?
GREG. ¡Quién lo pensara!
Y ahora nos prenderán. ¿No han de acabarse
nunca las desventuras de esta casa?
(Mientras llora Gregoria, Catalina
a Dominico en su socorro llama.)
CATA. ¡Padre mío, venid! ¡Vengan, señores!
¡Vengan pronto, que el caso lo reclama!
(Salen apresurados Dominico
y los amigos que con él estaban,
y a poco los orfebres, atraídos
por tantos gritos y por voces tantas.)
DOMI. ¿Qué sucede, Gregoria? Te sosiega
y habla pronto, mujer.
GREG. Bajé por agua
con la morisca hacia la cueva. Entramos,
y en tan oscura lobreguez estaba,
que, al entrar de este sol tan reluciente,
aun abriendo los ojos nos cegaba.
Nos sentamos las dos, junto al aljibe,
y a la luz del candil vi que buscaba
el brocal con los ojos, como ansiosa
de descubrir el reflejar del agua.
Luego, se lo figuren sus mercedes;
cuando yo a la faena me entregaba
de llenar, con ayuda de la cuerda,
el jarro, la colodra y la cacharra,
me dijo: "Adiós, Gregoria. Dí al orfebre
que si muero es por él"; y sin que nada
lo pudiera evitar, se echó al aljibe,
desgarrando, al caer, sus propias haldas.

Allá, en el fondo, tan profundo y negro
que se dice si el Tajo es el que pasa
bajo su lecho, pues se siente un ruido
como, al salto de un río, una cascada,
se oyó caer un cuerpo, y un gemido.
Luego, el bullir del agua, y luego, nada.
¡Me ha dado un miedo tal, que estoy temblona!

CATA. ¡Desdichada Jarifa!

S. JOV. ¡Fiel esclava,
que me guardó su amor, como el devoto
ferviente a Dios su corazón consagra!

LUIS. Intentemos salvarla.

DOMI. Es imposible.
Nadie halló el fondo donde brota el agua.
Cisterna es el aljibe, y por debajo
nadie sabe qué va ni dónde acaba.
Todo es inútil ya.

GREG. ¡Pobre Jarifa!

CATA. ¡Negra es su tumba, pero no su alma!
(Se oye en este momento un gran repique
de sonoras campanas,
y ante la reja del jardín, las gentes
a ver pasar la procesión se paran.
Atambores y pífanos sonoros
al son de las campanas se acompañan,
y poco a poco desfilando, vienen
palios, picas, pendones, partesanas.)

HORT. Una oración por ella. Lo merece.
La procesión se acerca y Cristo pasa.
(Se arrodillan en tierra las mujeres.
Se descubren los hombres. Se adelanta
Samuel hasta la verja, y abrazado
a los hierros, en cruz, esta plegaria
murmura emocionado con los ojos
sobre la cruz de la Custodia Santa:)

S. JOV. Señor de la cristiandad
que fuiste amor y dolor:
a tus pies, un pecador
reconoce tu verdad.
Mira que espera humillado,
como luz en la agonía,

el pan de la eucaristía
con sangre tuya amasado.
¡Creo en ti, Dios verdadero,
todo amor y caridad!
¡Creo en tu divinidad
clavada al tosco madero!
¡Creo en ti, creo, Señor,
que para hacerte divino,
hasta la cruz, el camino
fuiste sembrando de amor!
(Las gentes, al oirle, se detienen,
y abren círculo en torno de la verja;
apareciendo la Custodia, brilla
al claro sol que en ella se refleja,
y en este vivo y luminoso cuadro
baja el telón y acaba la comedia.)

ASI TERMINA "LA DAMA DEL ARMIÑO"